

LA ÚLTIMA EXTINCIÓN

Escrita por Eric Ros

2006

Las grandes extinciones

Primera extinción, hace 439 millones de años:

Efectos: Mueren casi todos los peces y los invertebrados marinos.

Causa: Una glaciación.

Segunda extinción, hace 364 millones de años:

Efectos: Desaparecen muchas especies de peces e invertebrados marinos.

Causa: Gran descenso de las temperaturas marinas.

Tercera extinción, hace 251 millones de años:

Efectos: Perecen el 90% de todas las especies marinas y terrestres.

Causa: Erupciones volcánicas.

Cuarta extinción, hace 210 millones de años:

Efectos: Desaparecen el 75% de los invertebrados marinos.

Causa: Cambio climático natural.

Quinta extinción, hace 65 millones de años:

Efectos: Desaparecen los dinosaurios y otro gran número de especies.

Causa: Un meteorito.

Sexta extinción, siglo XXI:

Efectos: Desconocidos.

Causa: El Homo Sapiens.

Despertar

Oscuridad y un profundo silencio fueron las primeras señales sensoriales que recibió el cerebro consciente de José. Un océano inabarcable de sensaciones que le desbordaron la mente y el espíritu. Pero entre todas ellas destacaba una: el dolor. No un dolor físico, como el que sentían sus hijos al caerse en el parque; o emocional, como el que experimentó al despedirse de su esposa aquella tarde de verano; seguramente se trataba del mismo dolor que padecen los niños al nacer, el dolor del nacimiento. Pero siendo plenamente consciente de ello.

Entre las sombras pudo vislumbrar pequeñas luces de colores que bailaban formando parejas. Mientras veía ese montón de figuras cubistas que le rodeaban su mente alcanzó la suficiente lucidez como para elaborar un primer pensamiento.

– Visión borrosa y aturdimiento. Es normal. – pensó.

Quiso moverse, pero no pudo. Sus músculos estaban fríos como el hielo y no respondían. Decidió esperar. Mientras dejaba pasar el tiempo los últimos recuerdos de una vida pasada regresaban y le atormentaban. Sin referencias temporales pasaron los minutos y las horas, como hojas movidas por el viento. Las fibras musculares de José fueron despertando de su largo letargo mientras su vista se iba aclarando poco a poco. Hasta que al fin pudo ponerse de pie.

Descalzo y medio desnudo caminó en un suelo frío y sucio en una lóbrega sala tan solo iluminada por las luces de emergencia y los pilotos de las cámaras de criogenización. Su paso fue bloqueado abruptamente por una de las paredes. Deslizó en vano su mano por toda ella en busca de algún interruptor que encendiera las luces, fue entonces cuando una voz brotó de su interior:

– ¿Puede alguien encender la luz, por favor? – dijo con una voz áspera en tono grave.

Parece que su petición fue escuchada pues se encendieron todas las luces de la sala, sin embargo, la imagen que le ofrecieron fue preocupante. El suelo estaba mugriento y lleno de polvo como sino lo hubieran lavado en años, la pintura de las paredes estaba agrietada y el techo era el hogar de gran cantidad de arañas y otros insectos de curiosa apariencia. La disposición de las cámaras le resultaba algo más familiar. Formaban un abanico alrededor de un puesto de control central, un panel lleno de botones y luces, casi todas apagadas ya. Una de esas cámaras estaba abierta y por ella asomaba un perfil humano grisáceo. Se acercó hacía allí, como intuyendo lo que estaba a punto de ver, pero sin entender nada de lo que había ocurrido. En efecto, dentro de la cámara de criogenización número 11 yacía el cuerpo medio momificado de una mujer, de mediana edad, que todavía vestía la pequeña tela de ropa que tapaba sus partes íntimas. Una escena muy visceral a la que él estaba acostumbrado, y de la cual extrajo sus propias conclusiones.

– Probablemente el proceso de criogenización inversa fue demasiado rápido, lo que rebajó la efectividad del compuesto anticristalización, esto provocó la formación de cristales en su sangre, que seguramente destrozaron todas y cada una de sus venas y arterias. El desangre interno fue inevitable. ¿Por qué no la atendió el equipo médico? ¿Dónde está todo el mundo? - José apoyó su debilitado cuerpo en el borde de la cámara, al tiempo que trataba de responder a esas preguntas.

Miró cámara por cámara mirando en cada una, buscando más víctimas o más supervivientes de aquello, sea lo que sea, que hubiera ocurrido. Pero el destino quiso que su proceso de criogenización inversa hubiera sido el único exitoso. Las cámaras que contenían cuerpos humanos enfermos en congelación extrema ahora eran tumbas de hielo, habitadas por cuerpos medio momificados debido a un proceso de descongelación errático. José sintió la urgente necesidad de escapar de aquel mausoleo de faraones, de aquel putrefacto agujero, pues se veía a si mismo formando parte de él.

Todo había cambiado mucho desde que su cuerpo fue congelado. La pregunta que circulaba por su mente trataba sobre el tiempo transcurrido y los hechos acontecidos. El pasado era una obra de teatro sublime, y él había llegado justo a su fin. Caminó hacia una puerta, o algo que se le parecía. Su paso era lento, el color de sus piernas adquiriría poco a poco tonos morados. La descongelación no fue tan perfecta, al fin y al cabo. Una vez más buscó un interruptor que nuevamente no pudo encontrar. La incipiente desesperación encendió el motor del razonamiento lógico. Era evidente lo que debía hacer.

– Abre la puerta. – dijo en voz alta y temblorosa, con la duda de si lo que hacía era absurdo o no. Aún sabiendo que ese sentimiento era absurdo a su vez pues nadie había cerca para hacer el ridículo.

La puerta se abrió de par en par, dejando ver un largo pasillo lleno de puertas y de paredes tan blanquecinas y arrugadas como las que ya había visto. Entró por una de aquellas puertas, y se encontró en una pequeña sala, donde se habían guardado las pocas pertenencias que José decidió quedarse. Todo lo demás, una casa, un coche y una nutrida cuenta bancaria habían pasado a manos de su esposa. Oficialmente él no estaba ni vivo ni muerto.

Posó su dedo índice en un lector de huellas digitales, que le identificó como José Garrido. En su interior había los mismos objetos que recordaba haber dejado. Una foto de su mujer e hijos y un billete de cien dólares americanos, además había un sobre cerrado con una anotación en el exterior: “Para José, mi marido”.

Se vistió con el último conjunto de ropa que había llevado antes de la congelación, que también se encontraba dentro de la taquilla doblada cuidadosamente. Salió al pasillo de nuevo.

– ¿Alguien puede oírme? – preguntó, teniendo el silencio más absoluto como única respuesta.

Un inesperado sentimiento de confusión le embargó de repente, haciéndole perder el sentido del equilibrio momentáneamente. En un lavabo cercano encontró un espejo en el que ver su rostro, para tocarlo, sentirlo y poder discernir entre fantasía y realidad.

No parecía haber envejecido. Seguía teniendo aquellas primeras arrugas y aquellas incipientes canas que recordaba. La imagen del espejo parecía escucharle, pero él se encontraba en un mutismo absoluto, buscando una solución al conflicto interno de su mente, a la paradoja de su propia existencia.

– Si todos están muertos, ¿por qué yo estoy vivo? – se preguntó a sí mismo en voz alta –. El espejo me engaña. Tengo que estar muerto, yo sólo soy un espíritu errante que acaba de despertar.

Sin pensarlo demasiado volvió a la sala de criogenización y miró en su cámara, intentando encontrar su propio cadáver, tan momificado y putrefacto como todos los demás. Pero el hecho de no encontrarlo le retornó parte de su cordura.

Se desplazó hasta la mitad del pasadizo cuando de pronto se apagaron las luces. Fue como volver a la inconsciencia de nuevo, regresar a aquella cámara fría e incómoda. No tardó mucho en regresar la iluminación y vino acompañada de una voz metálica y femenina.

– *Atención, energía insuficiente para mantener los sistemas vitales. Abandonen las instalaciones despacio y en orden. Gracias y disculpen las molestias.*

José recordó que aquellas instalaciones de medicina experimental estaban centenas de metros bajo tierra. Se habían construido en un antiguo observatorio de neutrinos y necesitaba de sistemas mecánicos para mantener la temperatura y la atmósfera adecuadas para la vida humana. Se preguntó si había sido un fallo energético anterior lo que había matado a todo el mundo. Quizá los trabajadores debieron huir y no tuvieron tiempo de recuperar los cuerpos criogenizados. De todas maneras, sabía que le convenía salir de aquel lugar lo más rápido posible.

– Si lo que dice el ordenador es cierto aquí va a empezar a hacer mucho calor – pensó.

Al final del pasillo encontró un ascensor que milagrosamente aún funcionaba. Éste le transportaría a la superficie en unos minutos.

Mientras esperaba impaciente a que aquel elevador le llevara a la libertad, rescató de sus recuerdos todas las vivencias antes de que el hielo cubriera su existencia. Su mujer, Laura, le había dado dos hijos maravillosos. Tuvo que despedirse de ellos con tristeza. Él la vio llorar como si estuviese en su velatorio, como si nunca más le volviese a ver con vida. Hasta el último momento pensó que quizá era mejor morir a su lado entonces y acabar con su sufrimiento que simplemente congelarlo, aletargarlo, postergarlo hasta hoy. Pero ya no había marcha atrás, esas decisiones quedaron encerradas en un témpano eterno, ahora sólo le quedaba aguardar el momento de volver a abrazar a sus hijos y a su esposa. Su memoria devolvía a su presente recortes confusos de momentos inconclusos que el calor en el interior del ascensor deshacía en pedazos. La temperatura insoportable no le dejaba pensar y el ambiente se iba enrareciendo por momentos. Cada vez se hacía más patente que los sistemas de control de temperatura y aire dejaron de funcionar.

Y entonces ocurrió lo peor.

El ascensor se detuvo. No quedaba energía en aquellas instalaciones ni para acercarle un metro más a la superficie. Sus puertas se abrieron torpemente y José pudo ver unas escaleras enroscadas que se elevaban metros y metros hasta el infinito. Mirando hacia arriba no se veía su fin. Pero subir aquellas escaleras era lo único que podía hacer. Sus piernas y su cuerpo habían perdido, al igual que aquel lugar, casi toda su energía.

Empezó una travesía monótona de final incierto. José no sabía a que distancia de la superficie se había detenido el elevador ni cuánto tardaría en llegar. Al principio contaba los pisos que iba subiendo para tener una referencia y mantener la cordura, pero pronto dejó de hacerlo para concentrarse en no desfallecer. No se sentía ya los pies y se veía a si mismo como un fantasma, deambulando en la más absoluta negrura. Por suerte, la mano del destino quiso que el ascensor se hubiera detenido lo suficientemente cerca de la superficie como para que el paso débil de un hombre pudiera llegar a la salida sin agotarse definitivamente. Y así fue como José se encontró apenas erguido ante una puerta enorme.

– Abre la puerta. – dijo con voz diligente.

Esperaba reencontrarse con el mundo que recordaba, lleno de luces brillantes de incontables colores, multitudes caminando indiferentemente en un crisol de culturas aparentemente caótico, un aluvión de ruidos y sonidos que hacían de la urbe algo tan familiar y cálido que era imposible no desear volver a ella y escapar de aquella penumbra solitaria. La puerta empezó a abrirse lentamente y vino acompañada de aquella voz metálica.

– *Que tenga un buen día señor Garrido.*

Los rayos de luz que invadieron la sala cegaron a José y le hicieron apartar la vista del paisaje que se presentaba ante sus ojos acostumbrados a la oscuridad. Cuando la puerta se abrió completamente cubrió su rostro con sus manos intentando distinguir alguna imagen del exterior. Lo primero que vio fue un cielo nubloso y tormentoso. Relámpagos bombardeaban el terreno en un horizonte lejano. Una tormenta eléctrica que no le era familiar, que no se parecía en nada a las que había visto. Bajó la vista para poder ver el suelo de piedra, que era tal y como recordaba, con la excepción de que había perdido su tono nacarado y parecía estar cubierto de una capa de mugre gris. La entrada al complejo estaba situada en lo alto de una loma, a las afueras de la ciudad, desde donde José recordaba una vista preciosa de los rascacielos y los monumentos del lugar. Decidió entonces, no sin esfuerzo por parte de sus adormecidos ojos, retirar su mano completamente para disfrutar de nuevo del mundo exterior.

Sin embargo, lo que vio le hizo estremecer.

No había allí ninguna ciudad. Sólo el esqueleto de lo que había sido una metrópoli. Los rascacielos que quedaban en pie mostraban sus entrañas y otros se apilonaban formando una fila de fichas de dominó. Las calles estaban sumergidas en un mar de escombros de entre los cuales sobresalían semáforos y coches. Todo lo que había sido la civilización subyacía bajo toneladas de hormigón y metal. Fue precisamente en ese momento cuando José comprendió que algo terrible había ocurrido en la ciudad, algo que iba más allá de cortes en el suministro eléctrico. Se sentó en el duro suelo y apoyado en una fría

pared dejó su mente en blanco, sus ojos se mantenían entreabiertos y sus todavía dilatadas pupilas miraban fijamente un punto lejano. Aquella imagen grotesca era tan inabarcable que le quemaba la vista. No pudo evitar lanzar un grito apagado y protestar rabiosamente ante la mirada de nadie.

Su ya saturado pensamiento se llenaba de preguntas y de ninguna respuesta. Y eso le atormentaba.

- ¿Qué ha pasado? – se preguntó a si mismo. –
¿Qué desastre habrá podido provocar todos estos destrozos? ¿La guerra quizá? Quien sabe.

Con temor sacó el sobre que había encontrado en su taquilla personal. No recordaba haberlo dejado allí y de alguna manera pensó que en su interior hallaría conocimiento. Dentro había una carta que José leyó con detenimiento.

Hola cariño:

Si estás leyendo esta carta es porque ha aparecido una cura para tu enfermedad y te han descongelado. Me alegro de que al fin podamos estar juntos como antes. Quisiera que envejeciéramos unidos en salud y que vieras a nuestros hijos crecer. Confío en que esta locura acabe bien, confío en que todo vaya a ir tan bien como me han prometido los médicos. Confío en ellos, y confío en ti. Hasta pronto mi amor.

Te quiere,

Laura

En el sobre había más cartas, pero aún tenía la vista muy débil y cansada como para continuar leyendo más por el momento.

Se levantó y se secó las lágrimas que recorrían sus mejillas. Decidió que necesitaba respuestas y para encontrarlas debería buscar a alguien que pudiera responderlas.

Empezó a caminar de nuevo. Sin rumbo claro.

El sonido de las lejanas tormentas le llegaba con un leve susurro, la humedad del ambiente penetraba en su cuerpo hasta los huesos, y el aire era frío. Caminaba de roca en roca y de escombros en escombros. El cansancio le estaba ganando la batalla y ahora había pedido refuerzos, el hambre y la sed. – Necesito un supermercado. – pensó instintivamente. Buscando en las calles no tardó mucho en encontrar un pequeño establecimiento en un estado relativamente bueno. En el exterior se exponían lo que antaño habían sido frutas y verduras. Era realmente, como si a la gente no le hubiera dado tiempo a saquear las tiendas. En las estanterías había gran cantidad de latas de conservas. Maíz, tomate, anchoas, atún y muchas otras. José saludó en voz alta como esperando que alguien le respondiera, o como pidiendo permiso y perdón por lo que iba a hacer. Cogió una lata de atún y comprobó que no había caducado. La abrió y vació su contenido con ansiedad. Luego cogió un envase de leche y otro de fruta en almíbar. El de leche había caducado hace meses, el segundo lo había hecho recientemente. Esto podía significar dos cosas para José, o bien el dueño vendía productos en mal estado en su tienda, o aquello que había destruido la ciudad ocurrió hace casi un año.

Con el estómago algo menos vacío salió al exterior. Pensó en su amada esposa Laura y en sus hijos. Que quizá no volvería a verlos nunca más. Y entonces miró al cielo, o lo que quedaba de él. Un cúmulo de tenue nubosidad color ocre dejaba entrever levemente donde se situaba el Sol. Su forma y color eran tan extraños para él que era difícil creer que fuesen las mismas nubes que recordaba haber visto en toda su vida anterior a la congelación. Aquello no era natural. De hecho se parecían más al humo proveniente de un fuego que a cualquier otra cosa. Era como si no estuviese en el planeta Tierra.

Frente a él se erigían los restos de uno de los rascacielos de la ciudad, uno de los más maravillosos que José había conocido en tantos y tantos viajes por trabajo y por placer, y que ahora solamente era un vestigio del pasado. Quiso subir hasta la parte más alta para observar

como estaba el mundo en la lejanía. Pero sabía que no se encontraba en condiciones de realizar ese esfuerzo.

Un olor desagradable aunque familiar provenía de aquel edificio. Cerca de él, a unos pocos metros, yacía el cuerpo descompuesto de una mujer. Estaba rodeada de pequeños insectos que se alimentaban de su carne y sus vísceras. Es más. Todo el lugar estaba lleno de aquellos seres necrófagos. Fue en aquel preciso momento cuando José se dio cuenta de que había cadáveres por todas partes. Los muertos más recientes se mezclaban con los que lo habían hecho hace bastante más tiempo. Tras analizar varios cuerpos llegó a la conclusión de que la mayoría de aquellas personas habían muerto por la misma razón. Todos estaban carbonizados, abrasados por alguna fuente de energía muy grande. A su mente acudieron pensamientos oscuros. Un demonio devastador destruyendo todo a su paso con su aliento de fuego y castigando a todos los pecadores del mundo. Toda la humanidad. Él no era ni mucho menos una persona creyente, aunque aquella visión horrible de algo difícil de interpretar y mucho más de creer le planteaba una resolución unificadora y reveladora a todas sus dudas.

– ¿Y si... y si realmente a llegado el fin de los tiempos? – pensó fríamente. – Si estos cuerpos siguen aquí es porque nadie los ha recogido. Lógica aplastante. Nadie quiere o puede hacerlo. O la catástrofe es de tal magnitud que es imposible recuperar todos los cuerpos.

La visión que le ofrecía aquel yermo paisaje no hacía más que lluvia reforzar aquella sospecha.

Fue un sonido lejano lo que hizo posar de nuevo su imaginación en el suelo ennegrecido. Un murmullo extraño que poco a poco se iba haciendo más definido a medida que se acercaba. Hasta que finalmente se declaró como el ladrido de un perro. De raza labrador, bien grande y de color blanco, que apareció de entre los cascotes de un antiguo edificio propiedad de una multinacional. Se le arrimó como reclamando una caricia. José se inclinó y pasó la mano por su cabeza. – ¿Y tú que haces aquí? – le preguntó al perro que respondió con un breve ladrido. Era

fabuloso saber que no era el único ser vivo en el mundo a parte de unos cuantos insectos carroñeros. Al menos ahora tendría con quien hablar. El animal se alejó de pronto y comenzó a ladrar a José como si le estuviera indicando la dirección a seguir. Y él accedió, ¿pues qué otra cosa podía hacer?

Apenas podía seguir al can, que corría velozmente hacia una zona residencial, cuyas casas habían quedado, la mayoría de ellas, también reducidas a polvo y cenizas. Las que habían sido altas torres de metal quedaban atrás lentamente. José se daba cuenta de que era incapaz de correr, se caía en cuanto lo intentaba más de dos veces seguidas y para colmo el suelo estaba lleno de baches que parecían haber sido colocados a consciencia para que un superviviente patoso tropezara en ellos. El perro se alejaba y parecía que tuviera que abandonarle. José aligeraba el paso cuando veía que podía quedarse sólo, abandonado por un perro, como un perro. Llegaron a una pequeña casa que se mantenía milagrosamente en pie. Se había desprendido parte del techo y en su lugar había ahora un trozo extenso de lona. Alguien, desde luego, había sobrevivido inicialmente a la catástrofe y puso ese parche a la casa. Este pensamiento le esperanzó. Caminó tras el perro que al llegar a la puerta ladró y arañó la puerta como si estuviera pidiendo que le dejaran entrar. José estaba expectante. – Ha llegado la hora de conocer la verdad. – Se dijo a si mismo, muy consciente de que aquella realidad que se había presentado en forma de ciudad desolada le depararía sorpresas nada agradables, pero aún y así, del todo necesarias.

Descubrimiento

Se oyeron pasos al otro lado de la puerta que se iban acercando. Un hombre de unos treinta años de decrepito aspecto asomó tras ella. Su poblada barba oscura y su cabello sucio mostraban una persona que había descuidado totalmente su higiene, ya sea por falta de medios o de voluntad. Al ver a José sus ojos se abrieron como platos y se quedó paralizado, como si hubiera visto un espectro fantasmal.

– ¿Quién es usted? Ya no queda nada de valor en la casa, ¡me han robado dos veces! Váyase.

– No he venido a robarle. Yo sólo...

Un relámpago cayó a unos pocos centenares de metros de la casa impactando sobre el esqueleto de un gran árbol que asomaba tras la cresta de una colina cercana, que se incendió al instante. Unos segundos después, un ruido ensordecedor interrumpió la conversación y dejó paso a un suave goteo que anunciaba una intensa lluvia.

– Será mejor que entre. La lluvia ácida le destrozaría vivo si se quedase a la intemperie – pidió el hombre amablemente.

– Gracias – Contestó José, que no acababa de entender lo que había querido decir con su última frase.

La casa tenía mejor aspecto desde dentro que desde fuera. Era como si aquel hombre se hubiera dedicado a arreglarla y a decorarla, tal cual no hubiera tenido otra dedicación en mucho tiempo.

– ¿Quiere un poco de agua? – preguntó educadamente a José.

– Sí, por favor. Muy amable.

– Hace semanas que no me encuentro con alguien. Veo que usted está muy vivo. ¿Tiene noticias del exterior?

– Yo..., realmente no – contestó José, que no sabía realmente que contestar.

– ¿Y como ha llegado hasta aquí? ¡Ah!, ya recuerdo. Mi perro Barry le encontró y le trajo hasta mi casa. ¿Me equivoco? No deja de sorprenderme, este perro mío. Perdona, no me he presentado, mi nombre es Mike.

– Yo me llamo José.

– ¿No es usted de por aquí verdad? Se le nota en el acento. Y dígame. ¿Cómo lo ha hecho para sobrevivir? Cuénteme su historia.

– La verdad es que no hay mucho que contar. Antes de decirle nada me gustaría que me respondiera antes una pregunta. ¿En que año estamos?

Mike se quedó boquiabierto como si le estuviera gastando una broma de mal gusto. Desde luego, él desconocía la verdadera historia de aquella persona que había entrado en su casa, con las piernas moradas y la mirada perdida. José se levantó entonces, justo cuando Mike hacía un amago de contestar a su pregunta. Dio dos pasos hacia un periódico viejo y arrugado que había en una estantería. Lo cogió con cuidado y lo contempló.

- Estalla la guerra – Masculló en voz baja mientras observaba la foto en portada donde aparecía el hongo de una explosión nuclear. Dejó caer el periódico que cayó suavemente al suelo.
– Han pasado quince años.

- Ese es el último periódico que pude encontrar. Parece que le haya sorprendido. Es como si no lo supiera. ¿En que mundo ha estado viviendo estos últimos años?

José giró su rostro hacia Mike y realizó una pregunta, la pregunta que se había estado formulando desde que despertó. Temeroso de oler ya la respuesta en el aire.

- ¿Saber qué?

- Tercera guerra mundial, aniquilación total, Apocalipsis o como usted quiera llamarlo. Hace algunos meses empezó un conflicto entre las grandes potencias nucleares que provocó que en pocos días estallaran gran cantidad de bombas nucleares con una potencia total de unos cinco mil megatones. Suficiente para provocar lo que ha visto. Y estoy convencido de que la mayoría de ciudades del mundo tienen este mismo aspecto.

José se sentó en la primera silla que encontró. Se tapó la cabeza con las manos y empezó a maldecir a saber a que demonio del averno. Todo su miedo se transformó súbitamente en odio. Odio hacia la especie humana. Odio hacia si mismo.

- Realmente no entiendo su reacción. ¿Cuál es el motivo por el que no sabía nada de esto? Haga el favor de explicarme porque se sorprende.

- De acuerdo. – Asintió José mientras se recuperaba del impacto inicial de tal noticia –. Todo empezó hace quince años. O para ser más exactos, hace quince años y algunos meses. En aquel tiempo me fue revelada mi enfermedad. Tenía cáncer de pulmón de células pequeñas, que era incurable en la mayoría de casos. Mi esperanza de vida era de unos dos años como mucho. Tuve que tomar una decisión entonces, vivir el tiempo que me quedaba junto a mi familia, o bien pagar una astronómica suma de dinero y criogenizar mi cuerpo con la esperanza de que en un futuro próximo hubiese una cura. El destino es irónico. Elegí esperar a tiempos mejores, soñé despertar en un mundo sin enfermedades ni dolor. Y mira. ¡Mierda! - gritó José furioso. Una tímida lágrima recorría su mejilla, lentamente, como una pluma que se deja caer.

Mike no sabía como consolar a una persona en la situación de José. Era inconsolable. Se levantó y se acercó a él, puso su mano en su hombro y le sonrió.

- ¿Quiere descansar? Puede quedarse aquí a dormir si lo desea. Se está haciendo de noche y si saliese el frío y la lluvia ácida le matarían.

- Es muy amable. Hace mucho frío, es cierto. No recuerdo un invierno tan frío como éste – respondió José.

- ¿Invierno? – Le preguntó Mike con extrañeza en su cara. Estamos en pleno verano, pero la temperatura es propia de los inviernos de su mundo de hace quince años. ¿Ha oído hablar alguna vez del invierno nuclear?

Con esta inquietante pregunta se fue José a dormir a una cama dura e incómoda, en una habitación poco acogedora. Era la habitación de los invitados de alguien que no había esperado tenerlos nunca más.

La noche era todavía más fría. Había dejado de llover. José se asomó por una vieja ventana y miró al cielo. Las nubes lluviosas se habían ido, pero había otras nubes, mucho más amenazadoras que volaban a una altura superior. El brillo de La Luna las atravesaba con dificultad y su forma solo podía intuirse. José comprendió entonces que el resto del

universo seguía su curso, inmutable, mirando hacia otro lado, sin darse cuenta de que en un pequeño planeta llamado Tierra había llegado el fin de los tiempos. Volvió a su cama y se acostó. Aún no podía creer que hubieran pasado casi dieciséis años. Había estado durmiendo los últimos años de la historia de la humanidad, y se había perdido los espectaculares fuegos artificiales.

Encendió cuidadosamente una vela que Mike le había prestado con un encendedor prácticamente agotado. – “Utilízala sólo si es necesario, pues tienen que durar mucho tiempo” – recordaba haberle oído decir. Al encenderla, recordó que llevaba encima el sobre que contenía cartas escritas por su mujer años atrás, como testigos mudos de una historia de final nefasto. Leyó con atención:

Hola cariño:

Han pasado dos meses desde que te criogenizaron. Por mucho tiempo he pensado que la idea de escribirte cartas era absurda, pero de algún modo se que desde tu inconsciencia puedes leerlas. Estoy segura de ello. Te echo de menos, no sabes cuanto. Espero que esta locura que es también nuestro último recurso acabe bien de verdad. Estoy desesperada porque me siento como si te hubiera perdido aunque sé que estás ahí, en alguna parte.

De vez en cuando voy a verte, realmente menos de lo que quisiera porque son muy estrictos con las visitas. Me llevo a los niños conmigo y cuando te ven te reconocen y te llaman. Eso me destroza el corazón. Cuando nadie mira te lanzo besos a través del cristal, esperando que despiertes. Pronto volveremos a vernos.

Por siempre tuya,

Laura

Tras leer aquella carta no pudo evitar recordar que la persona que lo había escrito estaba muy alejada en el espacio y en el tiempo. Sus pesados párpados se cerraron. Le pareció contradictorio el hecho de que

tuviera somnolencia, ya que había estado descansando más de quince años y totalmente en reposo. El último pensamiento antes de retornar a la inconsciencia del sueño le fue muy aclaratorio. – No he estado durmiendo, sino congelado. Para mí no ha pasado el tiempo. No he envejecido en absoluto. Es como si estos años hubieran desaparecido. Realmente hace más de quince años que no duermo, pero yo lo recuerdo como si fuese ayer...

La mañana llevó un tenue rayo solar a la habitación de José. Su sueño se quebró. Bajó las escaleras y contempló el sencillo desayuno preparado en la mesa del comedor, que consistía en unas latas de conservas y algo de agua para beber.

- Buenos días. ¿Ha dormido bien? – preguntó Mike.

- El dolor de las piernas me ha estado despertando toda la noche, me duelen como si tuviera miles de agujas clavadas en ellas, desde las rodillas hasta los dedos de los pies, pero creo que saldré de esta con vida – José se sentó torpemente en una silla de madera -. Y espero que sea por mi propio pie – añadió en voz baja, antes de agradecerle a Mike aquel desayuno, que le hizo sentirse como en un oasis en medio de la aridez de un mundo desolado.

Luego, mientras abría una de las latas que había sobre la mesa, le pidió que le hablara con más detalle sobre los terribles acontecimientos que habían sacudido a la humanidad, mientras él yacía criogenizado a cientos de metros bajo la superficie.

Mike se acomodó en su asiento y carraspeó ligeramente, como si se dispusiera a contar una larga historia.

- Como ya le dije, la guerra empezó hace unos meses. Realmente fue sólo el colmado de un vaso que venía llenándose desde hace años. La industrialización masiva de varios países considerados pertenecientes al tercer mundo hasta hace pocos años, sumado a la escasez de petróleo en muchos países ricos, provocó una grave crisis energética mundial. Hablamos de falta de petróleo, claro. Hasta la fecha las grandes potencias habían hecho la guerra en el

pequeño campo de batalla de oriente medio, donde estaban la mayoría de reservas de oro negro. Los países islámicos reclamaban una implicación de los aliados tras el pasotismo de éstos en la Primera Gran Guerra Islámica. Fue al inicio de la segunda guerra cuando las grandes superpotencias militares tomaron posiciones y se declararon mutuamente la guerra en una reacción diplomática en cadena que concluyó con la mayoría de países del mundo implicados directamente o indirectamente en el conflicto. Así es como de una guerra local surgió la Tercera Guerra Mundial.

- ¿Y como se llegó a las bombas atómicas? – interrumpió José, mientras masticaba una pieza de fruta conservada en almíbar.

- Al principio se trataba de una guerra más o menos bajo control. Un conflicto planificado que tendría unos enormes beneficios para unos pocos. Pero algo ocurrió. En pocos días se desató una oleada de terrorismo global de una dimensión nueva y desconocida. Se utilizaron armas químicas y biológicas. Virus creados en algún oscuro laboratorio, diseñados con un tiempo de incubación largo, cuando la gente empezó a enfermar ya era demasiado tarde para salvar a muchos de ellos. Fue entonces cuando el conflicto pasó de ser algo ordenado y prediseñado a convertirse en una locura colectiva.

– ¿Dónde estaba usted entonces?

– Mi vida no había cambiado aún. Los muertos por guerra y terrorismo quedaban lejos de aquí. Aunque la economía se estaba viniendo abajo. Se notaba en los precios. Pero déjeme terminar. En algún momento, alguien con poca racionalidad decidió utilizar armamento atómico para defenderse. Hasta ese instante, en el que los átomos de uranio se fisionan y la materia se transforma en energía, reinó el viejo orden. Entre las potencias nucleares existía el miedo a la llamada destrucción mutua asegurada, que había garantizado un determinado equilibrio hasta entonces. Desde La Segunda Guerra Mundial se había estado construyendo un castillo de naipes que fue derrumbado en pocos días. Un aluvión de bombas golpeó objetivos militares y civiles. Nuestra vida cambió definitivamente cuando una de esas bombas explotó en la

ciudad de al lado. Tuve suerte de tener un sótano grande donde aprovisionarme de alimentos, que fui acumulando durante semanas sabiendo que era probable una conflicto nuclear. Cuando sonaron las alarmas me refugié en él y espere lo peor. Esperé sentado hasta que oí un lejano rumor y más tarde cristales rompiéndose y gente gritando. A los pocos minutos sólo quedó el silencio y un leve concierto macabro de suplicas y socorros que intento olvidar cada día. Tardé una semana en salir de mi refugio.

José no estaba tan aterrorizado por la descripción que le estaba ofreciendo Mike como por el mensaje que le hacía llegar su cara, contraída de dolor por el recuerdo.

– Muchas de las casas estaban incendiadas, como si hubiera llovido fuego del cielo. En el horizonte todavía podían verse algunos incendios en montañas. Encontré a algunos supervivientes heridos, personas que habían observado directamente la explosión y se habían quedado ciegos, otras que no hicieron caso de la alarma y no se pusieron a cubierto, no recuerdo el número de personas que he visto morir. Fue horrible. Algunos mantenían en gran parte su salud, pero fueron víctimas de todo lo posterior. El frío, la escasez de agua y alimentos y las enfermedades hicieron bien su trabajo. Todos los supervivientes que conocí o están muertos o fueron en busca de lugares menos castigados. Ya no queda nadie en estas tierras, excepto nosotros.

– Es horrible todo lo que me cuenta. No lo debe haber pasado nada bien.

Acabaron el desayuno. Cogieron las latas de conservas y las tiraron al cubo de la basura.

- Qué curioso – pensó Mike en voz alta -. Seguimos haciendo las mismas cosas, como si nada hubiera cambiado.

Ya nada era igual. Un enrarecido aire entraba por una de las ventanas. En el exterior, el viento zarandeaba con fuerza una señal de tráfico que permanecía en pie, como un vestigio de una civilización perdida, tiempo atrás, bajo un manto de caos y destrucción. Mientras observaban ese trivial acontecimiento, José lanzó una mirada profunda a

Mike, que en ese momento parecía estar hundido en sus tristes pensamientos.

– Toda esa guerra, todas esas cosas tan horribles que ocurrieron, todo ese dolor... ¿ya se terminó?

Mike pareció como si despertara de un largo sueño. Le devolvió a José la mirada, una aún más profunda, más funesta. José veía en esos ojos un mensaje, un sufrimiento.

– La guerra terminó, porque ya no queda nadie para luchar.

Viaje

El hombre que había llegado para quedarse una noche, llevaba ya una semana. Mike y José se habían hecho amigos, quizá a la fuerza, presionados por el brazo implacable de la soledad que habían vivido y que no deseaban reencontrar. Pasaban las horas buscando supervivientes en los alrededores y cualquier objeto que pudiera serles útil. El perro de Mike, Barry, también les servía de entretenimiento. Pero si había algo en lo que invertían mucho tiempo era en mantener conversaciones, que consistían básicamente en que José realizaba preguntas, y Mike las contestaba. Y así hasta el séptimo día, cuando ya no quedó ninguna pregunta importante por hacer y José empezó a sentirse encerrado en contra de parte de su voluntad, la que le demandaba respuestas a unas preguntas que su nuevo amigo no podía responder.

– No queda mucha comida y por los alrededores no queda ya agua envasada de donde podamos beber. – Reveló José a Mike.

– ¿Qué quieres decir con eso? ¿Quieres que vayamos más lejos a buscar agua?

– No. Propongo que vayamos en busca de más gente. ¿O pretendes quedarte aquí para siempre?. Yo no he sobrevivido milagrosamente a casi dieciséis años de criogenización para morir aquí de hambre y sed – dijo José, que no pudo contener la rabia que hervía en su interior.

– Ya se lo que pretendes. Quieres ir en busca de tu familia. ¿Verdad?

– Quizá sí. En algún lugar de este miserable planeta puede que hayan sobrevivido mis seres queridos. ¿Tú no anhelas reencontrarte con los tuyos?

– Los míos están todos muertos. Mis padres y mis hermanos vivían en la zona donde cayó la bomba. Fui a buscarlos, pero no pude encontrar a ninguno de ellos. Sus cuerpos, al igual que el resto de materia que se encontraba muy cerca de la explosión fue volatilizada. Es cierto que tengo familia en otras partes, pero no vale la pena buscar. Todos estarán bien muertos. Ve en busca de tu familia, pero no cuentes

conmigo, voy a pudrirme aquí con toda esta basura. Y así me reencontrare con ellos.

El pesimismo de Mike era desesperante para José, que siempre había mirado el lado bueno de las cosas y que no supo encontrar el lado positivo de todo aquello.

– ¿Te has preguntado alguna vez si no puede haber grandes concentraciones de supervivientes lejos de aquí? Puede haber cientos, o quizá miles de ciudades de pequeño o mediano tamaño que hayan quedado intactas. ¿Cómo puedes rendirte si no sabes lo que hay ahí fuera?, ¿cómo puedes dar por hecho que esos familiares que tienes murieron?, si te quedas aquí nunca lo sabrás.

– Si vas a irte, coge algo de comida y bebida para el camino. Refúgiate cuando llueva y por la noche. Desconfía de toda persona que veas. Cuando se trata de sobrevivir no existe la ética, sólo existe la ley del más fuerte. Una persona hambrienta es capaz de matar para robarte el alimento y el agua. Suerte – Mike le dio la espalda a José mientras decía esas palabras.

– No te despidas, porque no voy a marcharme sin ti. De alguna manera me has salvado la vida y no voy a dejarte aquí para que te pudras. Sé que realmente estás harto de estas cuatro paredes y que no es lo que quieres.

Mike miró hacia la puerta que daba al sótano. Luego observó el vuelo de una mosca a través de una ventana. Suspiró profundamente. Por un momento pareció desvanecerse, como si su mente vagara por tiempos y lugares tormentosos. Luego volvió a darse la vuelta. Ahora su rostro le parecía a José más brillante y colorido, como si hubiera recuperado súbitamente parte de su fuerza vital.

– Te seguiré con una condición. Yo decido el lugar a donde iremos. Sólo te pido eso, es poco.

– José aceptó, no sin antes pedirle que explicara su plan.

– Yo trabajaba como ingeniero en el centro de telecomunicaciones que se encuentra en las afueras de la ciudad. Desconozco si sigue en pie o no. Pero si podemos llegar allí y hacer

funcionar los sistemas podríamos... ya sabes, eso que tú has dicho antes.
Encontrar a gente.

– Más vale tener un rumbo aunque pueda ser incorrecto que ir a la deriva. Te sigo.

Así fue como por primera vez José sabía a donde se dirigía y Mike salió de su encierro para buscar a más supervivientes.

José cruzó la puerta por la que había entrado hace una semana con todas las dudas y por la que salía con nuevas preguntas.

De un bolsillo sacó el billete de cien dólares que había guardado en su taquilla. Le encantaba coleccionar monedas y billetes. Pensó que al despertar aquel billete tendría más valor, pero se equivocó. No valía nada. Lo dejó caer de sus manos, lentamente, hasta que se posó en la tierra, en la que un día creció un jardín y hoy solamente había tierra seca y árida.

En su camino les guiaban unos tétricos puntos de referencia: el esqueleto de un gran edificio medio derruido o un estadio al que la guerra había dado forma de teatro romano eran las cosas que debían retener en su memoria por si querían volver a casa de Mike. Porque en ese lugar de aspecto irreconocible incluso los habitantes de la ciudad se sentían desorientados, perdidos en aquel tétrico mar de cascotes.

– Somos gente con suerte. – dijo José en voz baja –. Somos la semilla del nuevo mundo. Sólo tenemos que encontrar a una Eva.

– Claro, una para los dos. ¿Crees que estaría dispuesto a compartir?

– No seas tan celoso hombre. – respondió José entre risas. – Tú al menos tienes a Barry, que te da mucho cariño. Por cierto, ¿por qué le pusiste ese nombre?

– Es el nombre de un conocido San Bernardo del siglo XIX que salvó a más de cuarenta personas.

– ¿A quién salvó Barry para que le pusieras ese nombre?

– Me salvó a mí, de volverme loco, de la soledad de aquél sótano. También te salvó a ti.

– No puedo estar más de acuerdo.

Caminaron durante interminables horas al Sol, o mejor dicho, bajo lo que quedaba de él tras atravesar la nube de gases tóxicos que rodeaban todo el planeta. A medida que se distanciaban del centro de la explosión iban viendo edificios cada vez en mejor estado. La radiación nuclear, por desgracia, había llegado mucho más lejos que la onda expansiva de la bomba. No vieron a nadie en todo el camino, sólo vieron un montón de ratas, cucarachas y moscas, que fueron los más beneficiados de la guerra pues se habían nutrido de la muerte ajena, pronto quizá, dejaría de haber alimento incluso para los carroñeros. A lo lejos podían verse unas enormes antenas parabólicas que parecían erguirse intactas.

– Estamos llegando. El camino parecía más corto cuando lo hacía en coche. – indicó Mike mientras daba de beber a su perro.

– Espero que haya valido la pena.

– Yo también lo espero.

Los espejos que rodeaban el edificio principal reflejaban el color ocre del cielo. A su alrededor habían montones de antenas de todos los tamaños y formas.

– ¿Qué es lo que se hacía aquí? – preguntó José.

– Aquí se recogían las señales de los satélites y se distribuían al resto del país. Millones de llamadas telefónicas pasaban por aquí cada día. Si hay alguien ahí fuera le encontraremos.

– La puerta está cerrada, ¿cómo podremos entrar?

– Eso déjame a mí.

Mike agarró la puerta que en tiempos de la energía eléctrica se abría automáticamente. Curiosamente, aquello que facilitaba entrar al edificio era lo que les ponía en dificultades para poder hacerlo entonces. Aplicó toda la fuerza que le era posible y consiguió hacer ceder la puerta lo suficiente como para que una persona delgada pudiera entrar. Mike guió a José por los largos pasillos hasta llegar a una sala grande.

– Este es el centro de control, desde aquí dirigimos todas las transmisiones. Tenemos que encender el generador de emergencia, entonces cruzaremos los dedos y esperaremos a que la luz que llegue a los paneles solares sea suficiente.

– Hay algo que no encaja. Si aquí se puede disponer de electricidad, ¿como es que ninguno de los empleados se ha quedado resguardado en este lugar? ¿Dónde mejor que aquí para gozar de las comodidades que la electricidad proporciona? – preguntó José.

Mike dio unos pasos hacia una de las sillas de la sala, de respaldo muy alto. Hizo girar la silla completamente cuando algo esférico cayó al suelo y rodó hasta llegar a los pies de José.

– ¡Joder! Una maldita calavera – exclamó.

– ¿Responde eso a tu pregunta? – preguntó Mike con una mueca siniestra. Los restos de lo que había sido una persona estaban sentados en aquella silla giratoria. Un cuerpo completamente esquelético que aparentemente se encontraba en la postura en la que había muerto.

José se acercó al cuerpo y analizó el amasijo de huesos como el matemático que intenta resolver una ecuación.

– Era un hombre de unos sesenta años con osteoporosis severa. Tiene rota la cadera. Murió probablemente de inhalación.

– ¿Como demonios sabes todo eso? – preguntó Mike con la cara todavía descompuesta de ver aquella macabra imagen.

– Soy médico forense. ¿No lo recuerdas? Me pregunto quien sería este hombre.

– Es... era mi jefe. El director de la compañía. ¿Dices que murió de hambre? El hombre más rico de la ciudad muerto de hambre. ¡Que irónico!

El generador se encontraba en una sala cercana a ellos. Por suerte alguien había dejado la puerta abierta. La oscuridad era absoluta en el cuarto de luces.

– Vamos a necesitar luz. Ahora vengo.

Mike volvió rápidamente con un encendedor en la mano.

– ¿De donde has sacado eso? – preguntó José.

– Mi jefe fumaba.

Mike buscó entre gran cantidad de palancas y botones y finalmente activó un mecanismo.

El generador se puso en marcha con un sonido eléctrico. Las luces hicieron un amago de encenderse pero se apagaron rápidamente.

– No hay suficiente potencia. Seguramente los paneles solares deben estar llenos de suciedad. Tenemos que subir al techo y limpiar los paneles. Es la única manera de conseguir energía.

Subieron por las escaleras de emergencia hasta la última planta. Allí salieron al patio y vieron los paneles llenos de tierra y polvo que limpiaron con trapos viejos. Cuando acabaron volvieron ansiosos al centro de control. Mike activó el suministro eléctrico.

La iluminación de la sala y las pantallas de video se encendieron al mismo tiempo que lo hacía el rostro del ingeniero y del médico.

– No me lo puedo creer, ¡es genial! – exclamó José.

– Espera un momento. ¿Qué es eso? – dijo Mike mientras observaba con inquietud una de las imágenes de una cámara de seguridad.

– Parece una mujer. Está nerviosa por culpa de las luces.

– Y ahora sale de la habitación donde estaba y va al pasillo central – añadió Mike.

– Voy a buscarla. – dijo José. Salió corriendo como si le fuera la vida en ello. La encontró dando vueltas como una loca. La cogió por los hombros y la zarandó.

– Tranquila, he sido yo quien ha encendido las luces.

La chica aparentaba tener algunos años menos que él, tenía el pelo liso y moreno, los ojos de un verde aceituna, tenía mucho parecido a su mujer, tal parecido, que José se sentía confundido.

– Tranquilízate, estás a salvo. Dime, ¿Cómo te llamas?

– Mi... mi nombre es Mary.

Comunicación

Mary acompañó a José cogiéndole la mano. La chica exhibía una delgadez extrema. Se movía por los pasillos como un espectro, pálida y ennegrecida al mismo tiempo. Mike les esperaba.

– Así que ella es la chica de la cámara.

– Exacto. Le daré algo de comer. Debe tener hambre y sed – dijo José a la vez que Mary asentía con la cabeza.

– ¿Cómo has llegado hasta aquí? – preguntó Mike.

– Yo... hace mucho tiempo... ¿cuánto tiempo ha pasado?

– Te refieres a la explosión supongo. Casi un año. ¿Por qué estás aquí?

– No la atosigues hombre. Déjala que descanse – gruñó José. – Sigue con eso, haber si podemos contactar con alguien.

Mike se colocó en frente de un panel de control en el centro de la sala, sopló con fuerza en un teclado para quitarle el polvo acumulado e introdujo su clave personal de acceso al sistema. Tras esto, tecleó con rapidez un montón de comandos que a José le parecían extraños. Y así, como magia de hombre blanco, se activaron montones de pantallas, luces y sonidos.

– El satélite está vivo. Al menos la guerra no ha llegado al espacio... Bien, en realidad se trata de una red de varios satélites que comunican Europa, Asia, América y Oceanía. La red está intacta. Dejarme sólo un momento, voy a pedir el registro de comunicaciones.

Apareció un mapa del mundo en una pantalla gigante frente a ellos. Mike y José esperaban ansiosamente la llegada de los datos. Mary, por su parte, devoraba ansiosamente una lata de conservas. De vez en cuando acariciaba a Barry. Era como si le diera igual saber si había sobrevivido la civilización en algún lugar o si ésta había sido aniquilada en todas partes. Sólo se preocupaba por su nuevo amigo canino.

Rápidamente, aquel mapa se fue llenando con datos. La cara de Mike pasó lentamente de la esperanza a la tristeza. La de José pasó de la esperanza al desconcierto.

– ¿Qué sucede? ¿Qué significan esas estadísticas?

– He pedido el volumen de comunicaciones del último año. Los datos no pueden ser más reveladores. El tráfico de información empezó a reducirse en los países afectados al inicio de la guerra nuclear. Al principio el hemisferio Sur se mantuvo al margen pero en pocos días también descendió su nivel del uso del satélite. Actualmente la actividad ha desaparecido casi del todo. Miraré el último registro.

– ¿Entonces no hay esperanza?

– Que no haya actividad en los satélites no quiere decir que no haya vida humana. Esto sólo nos está diciendo que las infraestructuras terrestres de telecomunicaciones fueron destruidas.

– ¿Y porqué este lugar donde estamos sigue en pie?

– ¿Te acuerdas de la bomba nuclear que estalló en la ciudad vecina? Pues erró el blanco en algunos kilómetros, según se dijo. Puedes imaginarte cual era su objetivo real.

– O destruir este centro de comunicaciones era sólo una excusa para producir el mayor número de víctimas.

– Puede ser. Mira, la última comunicación fue hace... cinco meses... en algún lugar de Sydney, Australia. No es posible. ¿En que condiciones deben estar las ciudades del mundo para que el cielo haya estado en silencio tanto tiempo?

– Aniquilación total, Apocalipsis, ¿lo recuerdas?

La iluminación de la sala se apagaba y encendía continuamente. Sonidos eléctricos y chispeantes procedían de todas partes. De pronto, el silencio y la oscuridad se presentaron por sorpresa.

– Mierda, debe ser alguna nube que está obstaculizando la luz solar. No le ha dado tiempo al sistema a almacenar energía así que cuando se haga de noche no dispondremos de electricidad. Y mucho me temo que está oscureciendo ya. Durmamos aquí, mañana ya veremos lo que hacemos.

– Vamos a encender el fuego – interrumpió Mary que había recuperado algo de color en su delgada cara tras la copiosa cena.

– ¿Fuego? – preguntaron Mike y José al mismo tiempo.

En el centro del vestíbulo del edificio había restos de ceniza que parecían recientes. Hace tan sólo un año aquello hubiera sido una imagen fuera de lugar. Fuego sobre un suelo de caras baldosas. Todos se sentaron formando un círculo alrededor de aquel cúmulo de cenizas. Mary sacó un encendedor de gas de su bolsillo, dispuso varias piezas de madera en forma piramidal y encendió la hoguera.

– Nosotros no teníamos madera en el centro de la ciudad. Veo que aquí se conservan algunos árboles secos.

– Gracias por darme de comer – dijo Mary. – He estado aquí encerrada durante meses, sin saber realmente que hacer, sobreviviendo con los restos de comida de la cafetería.

– ¿Dónde estabas en el momento de la explosión? – pregunto Mike.

– Yo... estaba trabajando en un supermercado de la ciudad cuando sonaron las alarmas. La gente salió despavorida en todas direcciones buscando refugio. Yo me encerré en el aparcamiento subterráneo con un grupo de clientes y trabajadores del lugar. Allí nos quedamos algún tiempo. Hubo gente que no pudo aguantar mucho tiempo y salió al exterior a las pocas horas. Nunca volvimos a verlos. Yo había oído decir en la televisión que en caso de explosión nuclear debíamos estar a cubierto como mínimo una semana, para que no nos afectara la radiación directa y una lluvia de fuego o algo así. A los pocos días empezó a llegar gente al supermercado a buscar comida. Muchos de ellos venían con el rostro quemado. Algunos de ellos vinieron también enfermos y les dejamos entrar. Creo que cometimos un error porque en poco tiempo todo el mundo contrajo la misma enfermedad. Fueron muchos los que huyeron porque no querían ponerse enfermos. Y así fue como me quedé sola.

– ¿No contrajiste la enfermedad? Qué curioso, ¿cómo eran sus síntomas? – preguntó José mientras aliviaba el frío de sus manos al calor de las llamas.

– Era como una gripe, pero mucho más grave. La gente empezaba con dolor de huesos, resfriado y fiebre. Cada vez les costaba más respirar hasta que al final morían... ahogados.

– Parece de origen vírico. Quizá se tratase de una pandemia natural o de una infección de origen terrorista. De todas formas, estoy casi seguro de que debes ser inmune a esa enfermedad.

– Eso no lo sé. Lo único que puedo decir es que me quedé sola. A los diez días salí de aquel aparcamiento. Justo el día después de que el último hombre muriera – balbució Mary que no podía contener las lágrimas. – Lo que ví fue horrible. Había cuerpos por todas partes. Recuerdo una madre muerta al lado de su hijo, los dos carbonizados. Un hombre al que le había estallado el vientre y tenía todos los intestinos fuera del cuerpo. Gente mutilada y desfigurada... Caminé sin saber a donde ir hasta que por casualidad llegué aquí. El resto ya os lo imagináis. He estado sola mucho tiempo...

Mary lloró desconsoladamente en el hombro de Mike. Todos se acostaron en el poco acogedor suelo del vestíbulo, apenas calentado por el pequeño fuego, dejando caer la Luna tras las lejanas cumbres, calcinadas y grises, antes de entrar en un pesado sueño.

La chica despertó acostada de lado y en posición fetal, lo que le proporcionaba cierto alivio ante el frío. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Estaba sola nuevamente. Se preguntó si aquellas presencias humanas que la habían acompañado eran realmente personas vivas o apariciones fantasmales que se desvanecieron en la noche. Se dio cuenta de que el vestíbulo estaba iluminado por una luz que no era natural. Y eso la alivió. José estaba sentado en una silla a un lado del pasillo principal, sostenía en sus manos una carta. La tercera que Laura le escribió.

Hola mi amor:

El tiempo pasa lentamente, mucho más de lo que quisiera. Hace ya dos años que te congelaron. He hablado con los médicos pero me han dicho que de momento no existe ninguna cura efectiva para tu cáncer. Siempre me responden lo mismo: “Debes tener paciencia”.

¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar? Les he llegado a pedir que te descongelen para poder abrazarte pero me dicen que el proceso de criogenización inversa podría matarte y prefieren no hacer nada si no es necesario. Siempre me recuerdan las cláusulas del contrato que firmaste. Esas que dicen que no te reanimarán hasta que se cumplan las condiciones que acordamos, o bien hasta que caduque el seguro de vida, dentro de dieciocho años. ¿Dieciocho años? No se si seré lo suficientemente fuerte como para aguantar tanto tiempo.

El pequeño Carlitos ya camina y dice sus primeras frases. ¿Qué haré cuando pregunte por su padre? ¿Qué mentira deberé contarle? Con todo mi amor, recibe este beso de tu esposa que te sigue queriendo como el primer día.

*Besos,
Laura.*

José se percató de la presencia de Mary y guardó la carta en el sobre.

– ¿Son cartas de alguien querido? – preguntó ella tras sentarse a su lado.

– Mi mujer me escribía cartas... ¿Has dormido bien esta noche? - José trataba de desviar el hilo de la conversación hacia un terreno menos doloroso.

– Más tranquila, sabiendo que estáis vosotros aquí.

– Debes haber sufrido mucho, tanto tiempo sin nadie con quien hablar – dijo José mientras le acariciaba el cabello.

– No he estado sola todo el tiempo. Conviví algunas semanas con un hombre. Él estaba aquí cuando llegué. Al principio todo iba bien, era un señor agradable y me trataba como lo máspreciado del mundo. Pero con el tiempo se fue obsesionando conmigo, hasta el punto de llegar a sentirme encerrada en este lugar porque me tenía controlada todo el tiempo. Su fijación llegó a lo sexual y una vez intentó abusar de mí. Ese día escapé y estuve mucho tiempo alejada de aquí, dando vueltas sin saber a donde ir y buscando comida en cualquier parte.

– ¿Y por qué volviste?

– Tuve el impulso de hacerlo, de alguna manera intuí que aquel hombre había muerto y que encontraría su cadáver.

– ¿Qué hiciste con el cuerpo?

– No hice absolutamente nada, no se merecía ni un entierro digno. Ahí lo dejé, en el mismo sitio donde lo encontré. Sentado en aquella silla...

La voz de Mike les interrumpió.

– ¡Venid a ver esto! – gritó.

Mike estaba sentado frente a un televisor, viendo un mosaico de puntos en escala de grises. En la pantalla no había más que niebla.

– Venid, sentaos aquí. – dijo Mike, con una expresión de estupefacción en su cara –. Estoy intentando captar alguna señal de televisión, pero es inútil. También lo he probado con un receptor de radio y he obtenido los mismos resultados. Nadie está emitiendo en ninguna frecuencia.

Los tres supervivientes estaban sentados ante una caja metálica que irradiaba electromagnéticamente recuerdos de una vida tecnológica y cómoda. No pudieron evitar sentir nostalgia. Mary preguntó a Mike que era eso tan importante por lo que les había llamado.

– ¿Acaso no te parece importante? No se recibe ninguna señal de radio, ni siquiera de onda corta.

José y Mary se encogieron de hombros, pues no entendían que conclusión quería alcanzar con su explicación. Mike les habló sobre las ondas de radio cortas, de como rebotan en la atmósfera y vuelven a la superficie, viajando así miles de kilómetros o incluso dando la vuelta a la Tierra. Así pues, estuvieron de acuerdo en que el apagón tecnológico era completo. Parecían estar solos en un mundo que se había quedado mudo.

Pasaron el día compartiendo experiencias, hablando sobre el pasado, el presente y el futuro. Sus vidas, que habían sido

independientes entre si, comenzaron a entrelazarse en aquel lugar, en aquel momento. Llegó de nuevo el atardecer.

– A partir de hoy tendremos electricidad también por la noche – anunció Mike mientras daba un último mordisco a su enlatada cena.

– Y de que nos sirve – contestó Mary. – Los electrodomésticos de la cocina no nos son de utilidad si no tenemos comida fresca y en el televisor y la radio no se oye más que ruido. Sólo la luz nos puede ser útil. Y no demasiado.

– Y la música. Tenemos toda la música que queráis. Venid conmigo – replicó Mike.

Todos se dirigieron a la sala de control. Mike encendió uno de los ordenadores y se empezó a oír una música de baile que a José le parecía extraña.

Mary sonrió por primera vez desde que la encontraron. José empezó a bailar tímidamente, tal como se hacía hace quince años.

– ¿Queréis tomar algo? En la cafetería tenemos todo tipo de bebidas. Pedid lo que queráis – sugirió Mary.

Todos optaron por bebidas alcohólicas. La sala se convirtió en una improvisada discoteca. Bailaron y cantaron hasta altas horas de la noche, y por encima de todo, olvidaron. Fue en aquella fría noche, mientras bailaba sinuosamente a la vista de los supervivientes, cuando por primera vez Mary pasó de ser una chica de aspecto lastimoso y grisáceo a convertirse en una mujer atractiva y en objeto de deseo.

Al día siguiente durmieron hasta bien entrada la tarde. José y Mike estaban sentados en unas cómodas sillas.

– Estuvo bien la fiesta de anoche. Está claro que la electricidad no nos dará de comer pero nos puede entretener – dijo José con los ojos cerrados.

– Después de haber estado tanto tiempo solo se agradecen los momentos así. Y creo que Mary piensa igual que yo. Por cierto, ¿qué te parece la chica?

– Es guapa. Se parece a mi mujer. Pero las personalidades son totalmente diferentes. Además ella es una chiquilla al lado de Laura...

– A mi también me gusta – dijo Mike.

– Hazme un favor. No le digas lo de mi enfermedad. No quiero que lo sepa.

– Lo haré pero no entiendo tus razones.

– Digamos que no quiero que me trate como a un enfermo...

La chica entró en la habitación en ese momento interrumpiendo su conversación. Recién levantada mostraba un aspecto todavía más atractivo.

– Hola chicos. Buenos días. ¿Habéis dormido bien?

– Sí. Siéntate aquí con nosotros –respondió José.

– ¿Sobre que estabais hablando?

– Nosotros... nos estábamos preguntando que más podríamos hacer para intentar comunicarnos con los supervivientes. ¿Verdad, Mike?

– Bueno... sí. Había pensado en que no hemos probado a comunicarnos vía Internet. Aunque viendo los antecedentes parece improbable que funcione.

– Sí, claro... Seguro que hay algún superviviente conectado a Internet esperando a que le envíen un correo electrónico. ¡Menuda estupidez! Más vale que descanséis porque estáis diciendo muchas tonterías – exclamó Mary.

Se quedaron adormecidos hasta media tarde. Mike volvió a la sala de control después de haber ingerido una mísera comida. José salió a la calle a jugar con Barry. Mary descansaba en un sofá. Pronto llegó la tercera noche. Todos se reunieron en torno a Mike.

– Llevo toda la tarde rastreando la red en busca de respuestas. Mejor dicho, intento buscar una red que rastrear. Por que el hecho es que aunque muchas de las infraestructuras de cable están intactas nunca encuentro a alguien al otro lado. He intentado incluso contactar con la estación lunar a través de la red Interplanet. Pero tampoco hay respuesta.

– ¿Estación lunar? ¿Interplanet? ¿Me he perdido algo estos últimos años? – dijo José con cara de no entender nada.

– La red Interplanet se creó para interconectar la nueva colonia en La Luna con la red Internet. Se dijo que serviría para que los

científicos de la colonia pudieran compartir su información con el resto de la comunidad científica en La Tierra. Pero todos sabíamos que había intereses estratégicos en aquella red, similares a los que crearon la red ARPANET que más tarde se convirtió en Internet. Necesitaban mantener un centro de mando fuera del planeta en caso de guerra nuclear, por esa razón se diseñó una base totalmente autosuficiente. Creía posible que no hubieran perecido allí. Quizá me haya equivocado.

– ¿Y cómo crees que habrán podido morir si vivían en una base autosuficiente?

– Lo desconozco. Que no contesten a mis mensajes no quiere decir que estén muertos. Realmente su satélite está activo pero no puedo llegar hasta ellos. Les dejaré un mensaje pidiendo auxilio.

– ¿Porqué no maduráis de una vez? – dijo Mary, que se había mantenido al margen de la conversación hasta entonces. – ¿De verdad creéis que van a venir aquí con su nave espacial a rescatarnos? Siento decepcionaros pero esto no es una película de ciencia-ficción, esto es la jodida realidad.

Mientras discutían sobre la existencia de supervivientes humanos más allá del planeta Tierra, un fuerte frente tormentoso se abalanzó sobre ellos. Justo después de que Mike enviará el mensaje interplanetario se apagaron todas las luces.

– ¡Joder! ¿Qué pasa ahora? – preguntó ella con furia.

– Debe ser por la tormenta. Voy a reactivar la corriente.

Mike lo intentó pero era imposible. Un intenso olor le avisaba de que se había quemado el generador. Permaneció unos segundos en silencio, y luego dejó caer un grito de rabia.

– Los cables. Han sido los cables en mal estado. Los he visto por todas partes desde que llegamos aquí y no me di cuenta de que si llovía pasaría esto...

– ¿Pero qué ha ocurrido? – preguntó José ingenuamente.

– Un cortocircuito. ¡Maldita sea! No hay nada...

– Tú eres ingeniero. Los ingenieros saben de esas cosas, ¿no? – remató Mary.

– ¿Qué crees que es un ingeniero de telecomunicaciones? Las instalaciones eléctricas no son mi especialidad. No hay nada que hacer, aunque pudiéramos encontrar otro generador me sería imposible sustituirlo pues supera mis conocimientos. Se acabó la luz.

José y Mary se encogieron de hombros. Mike parecía sentirse avergonzado, fracasado, abatido por la penumbra que se abalanzaba sobre ellos.

Caminaron cabizbajos por un pasillo oscuro. Aquella fantasía que les había devuelto parte de los hábitos de una vida más cómoda desaparecieron súbitamente. Mary encendió el fuego en el centro del vestíbulo como había hecho durante meses. Se tumbaron en silencio. En sus cabezas se sentía el eco de una misma pregunta. ¿Y ahora qué?

Conflicto

Al día siguiente, Mike pasó toda la mañana intentando arreglar la avería de la corriente. José le observaba con curiosidad mientras leía la cuarta carta de su mujer. La última que le quedaba por leer. ¿Por qué no las había leído antes? No solo las circunstancias habían influido. Había algo más, la descorazonadora certeza de que al término de su lectura probablemente no volvería a tener noticias nuevas de la mujer de su vida.

Empezó a leer, tímidamente al principio.

Hola José:

Hoy se cumplen siete años del día en que te congelaron. Dicen que se está avanzando mucho en la terapia genética, que en unos pocos años empezarán a experimentar con humanos. Nuestros hijos han crecido mucho. Ya van al colegio y son muy buenos estudiantes. Miguel quiere ser astronauta y Carlos médico, como su padre.

La verdad es que no se como decirte esto. Espero que podamos hablarlo personalmente y que no tengas que enterarte de esta manera. José, nuestros hijos necesitan un padre y yo un marido. El tiempo pasa y parece que el momento en que podamos volverte a ver con vida no va a llegar nunca. He conocido a una persona, y me he enamorado de ella. Se que sabrás comprenderme y perdonarme. Algún día, cuando por fin nos encontremos.

Besos,

Laura.

– ¡Mierda! ¡Zorra! – gritó mientras rompía todas las cartas en varios pedazos. – ¡Lo sabía! Sabía que no ibas a soportarlo...

José descargó su rabia con todo objeto que se cruzara en su camino, cualquier cosa que pudiera romperse. Mike le detuvo agarrándole por los hombros.

– ¿Qué ocurre, te volviste loco?

A lo que José respondió cayendo lentamente al suelo, deshaciéndose en lágrimas.

– Aunque la encuentre con vida, ya la he perdido, ya la he perdido...

El tiempo se detuvo para José desde el mismo momento en que se soltó el último cabo que le ligaba a su pasado. Ahora navegaba a la deriva, sin mapa, sin constelaciones y sin rumbo, esperando encontrar tierra firme en el inmenso océano de su soledad. Pasó varios días sin comer apenas nada, mediando las palabras justas, con la mirada perdida en la oscuridad, solo quebrada por finas columnas luminosas que se colaban entre las nubes polvorientas dibujadas en el cielo por el ser humano. Hasta que una noche aparcó su silencio frente a la hoguera.

– ¿Alguna vez os habéis preguntado si hay más gente como nosotros ahí fuera?

– Todos los días – respondió Mary.

– ¿Y porque no ir en su busca? No tiene sentido quedarnos aquí. ¿No recuerdas, Mike, el objetivo de nuestro viaje?

– Encontrar respuestas. Lo recuerdo bien. Pero no hay nada más allá. Estoy seguro de ello.

– No lo sabrás si no lo intentas.

– Yo quiero salir de aquí – dijo Mary-. Quiero saber que hay más allá de este infierno.

– Otro infierno igual a éste –respondió Mike mientras se tapaba el cuerpo hasta la cabeza con una vieja manta de lana. Luego hubo unos instantes de silencio en el que solo se oía el crepitar del fuego, entonces Mike siguió hablando-. Supongo que no tengo elección, lo que yo diga no va a cambiar lo que vais a hacer, y no tengo más remedio que acompañaros.

Tras estas palabras Mike les deseó buenas noches y se durmió a los pocos segundos, como poseído por un gran cansancio.

A la mañana siguiente llenaron sus mochilas con comida y agua. Lo básico para sobrevivir unos días.

– ¿A dónde deberíamos ir? – preguntó Mary, mientras se cepillaba el cabello con un cepillo que había robado de una casa abandonada.

– Creo recordar que había un aeropuerto no muy lejos de aquí. Podríamos ir y... – respondió José.

– ¿Y qué? ¿Nos llevarás en un avión a buscar supervivientes? Pero si tú no sabes pilotar un avión ¿no?

– No, pero podríamos intentarlo. O quizá encontremos a alguien allí que pueda ayudarnos.

– Yo puedo pilotar un avión – dijo Mike con orgullo. – Tengo el carné de piloto. Pero me pregunto si eso va a servir para algo o vamos a perder el tiempo.

– ¿Tienes algo mejor que hacer con tu tiempo? Si podemos sobrevolar una zona amplia a baja altura quizá encontremos a alguien.

– Está bien. No sé como lo haces para convencerme siempre. Podemos irnos ahora mismo si queréis.

Partieron el mismo día con gran carga a sus espaldas. Alejándose todavía más del epicentro nuclear, dirigiéndose hacia la ciudad vecina, la capital, el lugar donde se hallaba el aeropuerto que les podría llevar a los cielos. Caminaron por carreteras llenas de coches abandonados y destrozados, extensiones de tierra árida donde se adivinaba la antigua presencia de bosques naturales, ríos de transparencia coloreada y sobretodo restos de vida, por doquier. Allá donde fueron siempre encontraron tumbas excavadas en cualquier parte, improvisadas; putrefactos cadáveres de personas y animales que sembraban el paisaje de este a oeste. Las sombras de las nubes del cielo dibujaban formas extrañas en montañas lejanas. No vieron nada más que parajes desérticos hasta el segundo día. Cuando el horizonte les descubrió el perfil de otro desierto. Uno hecho de metal y hormigón. El trío de afortunados llegó a

la gran ciudad. Ante ellos, se alzaba un descomunal edificio que proyectaba su sombra hacia ellos.

– ¡Mirad! – dijo José. – Hay un centro comercial allí. ¿Por qué no echamos un vistazo a ver que encontramos? Además se nos está acabando el agua.

– ¡Vamos! – gritaron todos al unísono.

Aquel gran edificio, al igual que el resto en aquella ciudad se mantenía en un relativo buen estado.

– Hay algo que no entiendo – preguntó José. – Si los edificios están tan bien conservados, ¿por qué no hay supervivientes por aquí?

Mike le contestó a la pregunta mientras alimentaba a Barry con los últimos restos de comida que tenía.

– Las condiciones de vida en las que vives ahora no tienen nada que ver con las de hace tan sólo dos o tres meses. La capa de nubes que rodea La Tierra era más espesa, la luz que llegaba era menor y la temperatura era mucho más baja. Los ríos se congelaron y hubo nevadas de nieve grisácea. La gente moría realmente de frío. Esta ciudad no se salvó por estar más lejos de la explosión nuclear, los edificios quedaron en pie porque no llegó la onda expansiva pero sí llegó la radiación, la lluvia de fuego, el frío, las enfermedades y el hambre. Nadie se ha podido salvar, ni siquiera a esta distancia.

– Entiendo – asintió José.

Entraron por una gran puerta que les daba la bienvenida al centro de ocio y compras más grande de la ciudad.

– ¿Hay alguien? – preguntó Mike. Su pregunta rebotó en las lejanas paredes del edificio y retornó en forma de eco-. Bien. Amigos, tenemos crédito ilimitado. ¡Que disfruten de su compra señores! Éste es el punto de reunión. Buscaré algo de comida para Barry.

– Yo voy a mirar ropa. Ésta que llevo apesta – dijo Mary.

– Y yo... voy a la farmacia a por medicinas. Quizá nos serán de utilidad más adelante – anunció José.

El grupo se dividió. Mike encontró buena comida para su perro, y para él también. Mary se volvió loca probándose ropa de todo tipo aún

sabiendo que no podría llevársela toda, sólo por el placer de recordar una impulsiva costumbre que tenía. José encontró muchos fármacos de los cuales seleccionó algunos que creía indispensables en caso de emergencia. Luego sintió la necesidad de cambiar aquella sucia ropa que Mike le había dejado hace días. Subió varios pisos por unas escaleras mecánicas que dejaron de funcionar hace tiempo. El destino quiso que su mirada encontrase a Mary probándose lencería fuera del probador, ingenua, desconociendo que había una mirada puesta en ella. José admiró su piel desnuda y fresca, un cuerpo tan perfecto y bello que le otorgaba a su poseedora la categoría de ángel. Un ángel viviendo en el infierno. No pudo contener el deseo de acercarse a ella. Se aproximó en silencio mientras ella se vestía con una blusa blanca.

– Te queda muy bien – dijo José.

– ¿Qué haces aquí? ¿No te han enseñado que espiar a las señoritas mientras se cambian es de mala educación? Menudo golfo estás hecho – le riñó mientras esbozaba una tímida sonrisa. – ¿Te gusta? Me la voy a llevar. Estos vestidos son muy caros, no me los podía permitir.

– Ahora puedes permitirte todos. Y todo lo que veas.

– ¿Te parezco atractiva con este vestido?

– Pero... ¿qué estás diciendo? – dijo José mirando para otro lado.

– ¿Cómo es tu mujer? Tengo curiosidad...

José se quedó estupefacto porque no podía creer lo que estaba oyendo. No tuvo más remedio que contestar.

– Ella es de carácter tranquilo y sosegado. Se preocupa por todo y por todos. Es manipuladora y le gusta mandar y tener todo controlado. Pero nunca se altera. Siempre mantiene la calma pase lo que pase. Su energía es inagotable y potente. Y tú... eres una chica loca, despreocupada y nerviosa.

– ¿Y que te gusta más? – preguntó Mary mientras se daba la vuelta y miraba fijamente a José.

– Pues yo... no se que decir – dijo José sonrojado.

Ella se acercó más a él y le ofreció su boca sin darle tiempo a decidir si quería probarla o no. Le dio un beso corto pero intenso que le hizo estremecer.

– ¿Y quién besa mejor, doctor? – susurró suavemente sin separarse demasiado de sus labios.

– No deberías haber hecho eso. Recuerda que soy un hombre casado.

– Lo siento, no he podido evitarlo. ¿Dónde está ella ahora?

– Mi... mi mujer está... –dijo cuando Mary besó de nuevo sus labios-. Espera un momento, no habrás... ¿no habrás leído la carta?

Un sonido cercano les interrumpió. Era el ladrido de Barry, que venía acompañado de Mike. Se quedó paralizado, sorprendido y decepcionado. Pero por encima de todo estaba muy, pero que muy cabreado.

– Vaya, me descuido un momento y mira lo que pasa –dijo en tono sarcástico y mirando a José-. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? ¿Cuánto tiempo llevas esperando a quedarte solo con ella para tirártela?

– El mismo tiempo que llevas tú – respondió José seriamente.

– Está muy bien eso... ¿Si tanta confianza tienes con ella por qué no le cuentas todo? Vamos, valiente... – dijo Mike en tono amenazante.

– No tienes derecho a hacer eso. ¡Ningún derecho! – Se defendió José.

– Me debes un respeto. ¡Yo te salvé! Y tú me pagas así. ¡Traidor!

Mike se abalanzó violentamente hacia José y le propinó un empujón que estuvo a punto de tumbarle. Él que no se había peleado nunca en la vida supo, por puro instinto, lo que debía hacer. Se recompuso y le devolvió el empujón.

Mary se interpuso ante ellos y los separó con un único gesto.

– ¡Ya está bien! Parecéis imbéciles. ¡Me avergonzáis! No he abandonado el que ha sido mi hogar durante meses para irme con dos desconocidos críos inconscientes. Como os peleéis por mi os juro que me iré por dónde hemos venido.

– Pero Mary... – dijo Mike.

– ¡No digas nada! –interrumpió ella-. Ahora mismo nos vamos todos a dormir.

Subieron al quinto piso, donde había decenas de camas y asientos de todo tipo.

Con la noche llegó una oscuridad que se vio interrumpida por un improvisado fuego alimentado con panfletos publicitarios y madera de los muebles que allí se exponían.

Los dos hombres de aquel trío casual quedaron tumbados en silencio, sin pronunciar ni una palabra. Guardando el rencor para un mejor momento. Esperando a que se enfriara el plato de la venganza para servirlo frío.

Mary estaba en una cama de matrimonio, pero estaba sola. Sus lágrimas se derramaron hasta empapar la sábana. Ella era sin duda el objeto de la disputa, pero no la culpable. José y Mike oían su lamento, pero ambos sabían que no era un buen momento para que ninguno de ellos se acercara a ella. Únicamente el orgullo frenaba la posibilidad de que los dos acudieran juntos para calmar su dolor, su pena. Sus pensamientos apenas les dejaron dormir esa noche.

Mary despertó a José a una hora temprana, angustiada y agitada por algo.

– Despierta José, tienes que ver a Mike, parece que está enfermo.

José se levantó sobresaltado y observó la cara de su compañero. Tenía inflamada la nariz y un pálido color de piel en su rostro.

– Me duele todo – dijo Mike entre tosidos.

– Tienes fiebre, dolor generalizado y síntomas de resfriado. ¿No son éstos los síntomas de aquella enfermedad de la que nos hablaste, Mary?

– Sí, al principio era como una gripe. Luego empeoraba.

– Si fuese una gripe normal deberíamos limitarnos a aliviar los síntomas. Pero seguramente no es el caso. Necesitamos antivirales, aunque no es seguro que sean efectivos. Toma éste. Es el más usado contra la gripe común.

Mike tragó una pastilla ayudándose de un vaso de agua. Su respiración se hizo cada vez más ruidosa. José le administró más dosis de antivirales, pero la fiebre no remitía y su estado no mejoraba a medida que iban pasando las horas.

– Tiene que haber algo más que se pueda hacer. Si tú no puedes salvarle nadie podrá.

– Yo... no se que más puedo hacer. He hecho todo lo que está en mis manos y en el conocimiento de la medicina que yo conozco. Si no hay fármaco capaz de eliminar ese virus sólo nos queda esperar un milagro. Lo que no entiendo es como a contraído esta enfermedad – se preguntó retóricamente José mientras miraba fijamente a Mary.

– ¿Estás insinuando que se la he contagiado yo? – la chica parecía ahora algo cabreada por tal acusación.

Mike alzó su mano y tocó el hombro de José. Su mirada se clavó en él y su boca parecía querer decir algo.

– Escúchame, si yo muero quiero que cuides de ella, ¿entendido? Y yo te dejaré a Barry para que te proteja.

– ¡No digas eso! Tú no vas a morir. ¡No puedes morir! – gritó José sabiendo que se estaba mintiendo a si mismo.

– Siento mucho lo de ayer. Es culpa mía y me merezco esto. Soy un estúpido. Tú me has dado fuerzas para continuar. Me sacaste de aquella casa que se había convertido en mi prisión y eso te lo agradeceré siempre. Nos has llenado de esperanza, tú..., que deberías estar más hundido que el resto – susurró.

Las últimas horas de la tarde se alargaron interminablemente. Poco a poco, fueron aceptando la muerte inminente de su amigo, que cada vez daba menos señales de consciencia. Hasta que llegó la última hora.

– Le ha bajado la fiebre – informó José.

– Eso es bueno ¿no?, ¿quieres decir que se va a curar? – dijo Mary con una leve sonrisa que pronto se desvaneció.

– La fiebre no ha desaparecido porque se vaya a curar, sino porque su cuerpo ya no está luchando. Se está muriendo. Mira sus manos, tienen un color azulado. Y su respiración irregular... los signos son claros.

– ¡Cállate! ¡Como puedes ser tan frívolo!

– No soy frívolo, sino realista.

Mike abrió los ojos por última vez. Y se dirigió a Mary pronunciando algo que apenas pudieron entender.

– Es un buen hombre... te hará feliz – balbució con su última exhalación.

Murió abrazado por los últimos amigos que había tenido en la vida. Lo enterraron al día siguiente, al amanecer.

Tiranía

Barry se quedó inmóvil ante la tumba de su amo. Esperando su regreso, a que despertara. José y Mary partieron en dirección al aeropuerto de la ciudad, destrozados, hundidos en la más profunda tristeza. No podían quedarse allí, no permitirían que la muerte de Mike hubiera sido en vano. Pero no obligaron a su mascota a acompañarles.

Iban cargados con suministros para unos pocos días y medicamentos. Llevaban además otras cargas, mucho más pesadas. Los recuerdos, la nostalgia y el remordimiento les acompañaban en cada calle, en cada rincón de aquella ciudad desierta.

Caminaban por una de las arterias principales de la gran metrópoli. Una gran superficie para peatones reinaba solitaria en su centro. Dos vías vacías les rodeaban a cada lado. Se alargaba más allá del límite que sus cansadas vistas podían alcanzar. Un ruido les perturbó.

– ¿No oyes eso? Parece el sonido del motor de...

– ¡Un coche! –gritó Mary que señalaba con un dedo índice en dirección opuesta a la que estaban caminando–. ¡Viene hacia nosotros!

Se trataba de un coche de tipo militar. En él iban dos soldados debidamente uniformados que expresaron sorpresa al encontrarles.

– Buenos días. No se ve a mucha gente por aquí. ¿Puedo preguntarles a donde se dirigen? – dijo el conductor.

– Vamos al aeropuerto. ¿Saben si queda muy lejos de aquí? – dijo José, que aún seguía sorprendido por el encuentro.

– ¿Al aeropuerto? Claro, nosotros nos dirigimos hacia allí. ¿Por qué no nos acompañan?

Ambos subieron a la parte trasera del vehículo. Les ofrecieron amablemente, mientras mostraban disimuladamente sus armas, ponerse unas mascarillas en la boca para evitar contagios. La cabeza de José, que había permanecido vacía de preguntas durante días. Ahora volvía de nuevo a llenarse de ellas.

– ¿Qué hacen soldados del ejercito en este lugar? – susurró José.

– No tengo ni idea –contestó Mary que luego se dirigió a los militares–. Oigan, ¿todavía continúa la guerra?

Los hombres, se quedaron en silencio un breve tiempo antes de contestar.

– ¿Se refiere a la gran guerra? No, aquella ya terminó. De todas maneras, el general Shue os podrá contestar a todas vuestras preguntas... y vosotros deberéis responder a las suyas, claro.

En coche llegaron rápidamente al aeropuerto. Éste se mantenía intacto y mostraba un aspecto cuidado. Se veían las pistas de aterrizaje y aviones, muchos aviones. También había helicópteros y algunos cazas de combate, lo que no gustó mucho a los rescatados.

El aparcamiento de aquél lugar estaba repleto de vehículos militares, incluso tanques. Aquello no era ni mucho menos un aeropuerto civil. Les invitaron a seguirles y ellos aceptaron sin oponerse. Aquél lugar estaba lleno de gente. Era como si todos los supervivientes de la zona hubieran terminado allí. Les embargó la emoción y la ilusión al pensar que ya no era necesario que arriesgasen sus vidas para sobrevolar la zona, y más después de la muerte de Mike. Toda la gente que pudieran encontrar estaba allí concentrada. Muchos de ellos militares...

– Ya hemos llegado – dijo uno de los soldados al detenerse en una gran puerta de acero. – Pasen y muestren respeto al general.

El general Gregob Shue era un hombre corpulento de una cincuentena de años. De pelo emblanquecido por la edad y rostro endurecido tras muchas batallas y años de guerras. Sentado en un trono más propio de un rey que de un general les escudriñó con la mirada intentando adivinar algo sobre su procedencia.

– Habéis tenido suerte. Allí afuera muy pocos sobreviven, aquí estaréis a salvo de enfermedades, hambre y radiación – dijo mientras sostenía un gran puro entre sus dedos. Dio una calada y mientras expulsaba el humo se produjo una pausa larga e incómoda–. Os haremos unos análisis de sangre para comprobar que estáis libres de enfermedades contagiosas. Luego os podréis integrar a nuestra

comunidad. Debo haceros una pregunta. ¿A qué oficios os dedicabais antes de la guerra?

– Yo soy médico forense. Mi especialidad son los cadáveres – dijo José.

– ¡Vaya! ¡No nos vendría nada mal un médico! El nuestro perdió una pierna en la guerra. Pero sigue vivo. ¡Ya lo creo que sí! ¿Y usted señorita...?

– Mary. Me llamo Mary. Yo trabajaba... en un supermercado.

– Bueno... todos son útiles aquí – dijo mientras miraba de reojo al que parecía ser su mano derecha en el mando.

– ¿Qué es lo que hacen en este lugar? – preguntó Mary improvisadamente.

– Cuando se declaró el inicio de la guerra nuclear vinimos aquí para establecer una base de operaciones. Se nos ordenó mantener a salvo a la población civil y estas instalaciones. Evitar los saqueos y el robo de aviones. Por desgracia encontramos muy pocos supervivientes. Al cabo de unos días perdimos la comunicación con el mando central. Algunos de mis hombres creen que nuestros superiores están muertos, que ya nadie queda para dirigir el país. Otros opinan que esos cobardes siguen escondidos en algún refugio nuclear. En cualquier caso, tuve que tomar el mando del aeropuerto para mantener la seguridad y el orden. Ahora trabajamos para prepararnos contra un eventual ataque enemigo y reconstruir nuestras defensas. Vosotros podéis formar parte de algo muy grande.

– ¿Un ataque enemigo? – preguntó José.

– No conocemos el estado de nuestros enemigos. En este mundo destruido solo los más aptos sobrevivirán. Estamos en contacto con varios centros de mando repartidos por todo el país. Si alguien quiere invadirnos estaremos preparados. Podéis iros. Uno de mis hombres os acompañará hasta la sala médica.

Mientras caminaban por los pasillos veían pasar a gente que les daba la bienvenida con la mirada y otros que los repudiaban.

– Una vez encontré a un hombre –dijo Mary, en voz muy baja para que nadie la oyera–. Estaba tumbado en el suelo y moribundo.

Antes de morir me explicó que unos soldados le habían visto y no atendieron a su llamada de socorro. Lo dejaron ahí, agonizando.

– ¿A que quieres llegar?

– Aquí no recogen a cualquiera. Esperan sacar algún provecho de nosotros. A los que están muy mal heridos los dejan morir. Que cruel es ese general.

– Es cierto. No me gusta nada ese hombre. ¿Te has dado cuenta de un detalle? – preguntó José–. Hay muy pocas mujeres por aquí.

– Sí. Y todas son feas – respondió Mary–. Me miran mal.

En uno de los vestíbulos del aeropuerto se había montado un improvisado hospital. Allí les esperaba el doctor Cimbaro, un médico militar de padre Italiano y madre Americana, de expresión amable y calvicie avanzada.

– Buenos días, hace tiempo que no me envían a nadie para análisis sanguíneo. Venid, será rápido. ¿Qué os ha contado el general?

José resumió en pocas palabras la explicación del mando militar mientras el doctor, que se sostenía sobre una pierna de carne y hueso y otra visiblemente mecánica, extraía un tubo de sangre de su brazo.

– Vaya así que eres del gremio. Seguramente Gregob te exprimirá todo lo pueda hasta que no te quede una gota de sangre en el cuerpo. Pero antes debes saber algo. La mayoría de los que están aquí no se van porque saben que ahí fuera no hay nada ni nadie, no porque les guste estar aquí. Deberás decidir entre escapar o colaborar en la construcción del imperio que el general tiene pensado levantar de las cenizas del antiguo mundo. Porque a falta de una fuerza que pueda detenerle, se ha autoproclamado señor de estas tierras y de todo lo vivo que haya en ellas. Toda esa historia de defender el país de nuestros enemigos no es más que una excusa para ganar más poder. Todo el mundo sabe que el conflicto acabó hace meses.

– Es un tirano –dijo Mary–. ¿Por qué la gente no se revela contra él?

– Eso ya ha ocurrido varias veces. Por desgracia las revueltas suelen ser sofocadas rápidamente en esta dictadura. La primera dictadura de la nueva era... – respondió el doctor Cimbaro mientras acababa con

el último pinchazo—. Mirad este aparato. Es un analizador sanguíneo que identifica en segundos si una muestra está infectada por virus. Incluso si se trata del virus Sin Nombre. ¡Tecnología de la gran guerra amigos!

– ¿Virus Sin Nombre? – preguntó José.

– Exacto, su origen es desconocido y su propagación realmente rápida. ¡Tanto que no dio tiempo a bautizarlo!

La máquina hizo girar los tubos a gran velocidad unos instantes. Poco después un pitido estridente avisó de que había terminado. Ella misma imprimió los resultados.

– Perfecto. Estáis sanos. Al menos a lo que infección vírica se refiere. Ya podéis quitaros las mascarillas. Yo mismo informaré al general de que podéis incorporaros a vuestras tareas de inmediato.

– ¿Tareas? – pensó José.

Un soldado entró en la sala y rogó a Mary que le acompañara. José hizo un amago de ir con ella pero no se lo permitieron.

– ¿A dónde se la llevan?

– Ella tendrá que tomar una decisión al igual que tú. Someterse o luchar. Pero ella lo tiene más difícil.

– ¿Se la llevan porque está infectada por el virus Sin Nombre, verdad? Van a ponerla en cuarentena.

– No es por eso, joven. Ella está sana.

La pareja se separó por primera vez desde que se conocieron. José sintió como una parte de él se desprendía y dejaba un hueco enorme. Se había quedado sólo con un médico mutilado.

Mary fue llevada a una sala donde un señor de avanzada edad tomó medidas de su cuerpo y examinó su rostro en busca de defectos.

– Al jefe no le gustan las feúchas, pero tú eres perfecta –dijo el hombre con voz áspera–. Te haremos un vestido precioso. Ya puedes pasar. Por las cortinas, por favor.

Una agradable música oriental provenía del otro lado. Un olor a incienso de lavanda entraba por su nariz hasta inundar el punto mismo de su cabeza donde reside la curiosidad. Tras las cortinas había un grupo de mujeres hermosas vestidas con delicadas prendas de seda, unas

tumbadas en cómodas camas, otras bañándose en una pequeña piscina, o bien bebiendo y bailando, ebrias, como poseídas por algún demonio de tiempos oscuros. Mary comprendió todo en aquél momento.

– Tiene todas estas chicas para él sólo. ¡El muy hijo de puta tiene su propio harén! - se dijo.

De entre todas las mujeres de aquel lugar había una de mayor edad, que se acercó a ella.

– Ven conmigo niña – le dijo la mujer-. Eres muy guapa. Las que estamos aquí somos las más afortunadas de Meiropi.

– ¿Meiropi? ¿Qué es eso? – preguntó Mary mientras veía como le preparaban el baño.

– Es el nombre que el gran general quiere dar al nuevo país. El que nacerá de las ruinas del anterior –dijo al tiempo que le acariciaba el cabello-. Quedarás muy linda.

– ¿Pero qué...? Claro... –dijo en voz baja-. Al fin y al cabo si alguien con suficiente poder quiere formar un nuevo país nadie se lo va a impedir – se dijo.

Por primera vez desde hace meses se iba a bañar en agua limpia. Su piel fue perfumada y su pelo peinado y alisado. Su cuerpo fue vestido con exóticas telas, seguramente robadas en alguna tienda abandonada.

– Mírate al espejo cariño –dijo la mujer mayor-. Mira que bien has quedado.

El espejo mostraba una imagen que se había desvanecido ya hace tiempo de la mente de Mary. En una época en la que obtener agua potable era tan sencillo como ejecutar un gesto con la mano. Estaba realmente preciosa. Aunque algo delgada.

– Ahora vendrá el jefe a verte. Seguro que le gustarás...

– ¿El jefe?

– Sí. El general Shue.

José atendía curiosamente a las explicaciones del doctor Cimbaro. En aquel hospital había aparatos que no había visto nunca.

– ¿Qué es eso? Parece... un brazo mecánico – preguntó mientras lo tocaba.

– Y de hecho lo es. Es capaz de llevar a cabo sencillas intervenciones quirúrgicas gracias a su inteligencia artificial. Pero no lo utilizamos a menos que estemos muy saturados de trabajo.

– ¿Y eso?

– Porque es un modelo experimental y comete muchos errores, uno de los cuales, provocó la muerte de un hombre. Por desgracia no podemos optar a tener algo mejor porque la industria que lo fabricaba ya no existe. Así que ya ves. Un médico puede perder pacientes en el quirófano, pero que los pierda una máquina... ¿no te parece realmente molesto?

José apartó la mano del brazo y dio un paso atrás.

– Vaya... menudo cacharro. La mano del hombre crea monstruos en forma de mano.

– Exacto. Pero hay algo que no entiendo. ¿Si realmente eres médico, como te sorprendes de estos instrumentos? Es más, cualquier persona de hoy conoce muchos de ellos. ¿A caso vienes de otra época?

– Podría decirse que sí. Criogenizado durante quince años...

– ¡Vaya! –Exclamó Cimbaro sorprendido–. Parece mentira. ¿Fue por enfermedad incurable?

– Sí. Se trata de cáncer de pulmón de células pequeñas. Todavía no he recibido tratamiento.

– Lo lamento muchísimo. En estos últimos años se ha avanzado mucho en la curación de los distintos tipos cánceres. Pero por desgracia no disponemos aquí de esos avances. Hablo de terapia genética para destruir la gran mayoría de tumores. Inducir a las células cancerosas a la apoptosis.

– ¿Dónde hay medios para aplicar esa terapia? – preguntó José con un atisbo de esperanza en su rostro.

– En los mejores hospitales del mundo. Pero aunque consiguieras llegar a uno de ellos necesitarías médicos especialistas en genética. Sólo unas pocas decenas de personas en el mundo tenían conocimientos para aplicar esa cura antes de la guerra. Ahora estarán todos muertos, y con ellos el conocimiento para alargarte la vida. Lo siento, de verdad.

Aunque hay una alternativa. Si no se ha producido metástasis la extirpación del tumor podría darnos tiempo.

– ¿Pero quién me va a operar? - preguntó José echando una mirada furtiva al brazo robótico.

El doctor Cimbaro sonrió levemente, como si estuviera encubriendo un enorme orgullo.

– Tienes delante de ti a un reconocido cirujano... - reveló.

En ese preciso instante Mary apareció ante ellos. Lloraba desconsoladamente.

– ¿Qué te ha pasado? ¿Y por qué vas vestida así? – preguntó José.

– ¡Larguémonos de aquí! Ese maldito... me ha intentado violar. He escapado. El general tiene el derecho a follarse a cualquier chica que le apetezca, cuando le apetezca. Yo no lo aguanto.

– ¿Y tú que has hecho? – dijo José.

– Me lo he quitado de encima y le he golpeado con una botella en la cabeza.

El doctor Cimbaro quedó asombrado ante lo que estaba escuchando.

– Debéis iros. ¡Ahora mismo! Según las nuevas leyes, ofender al general está penado con la muerte. ¡Y eso es algo más que una ofensa!

– Nos... vamos doctor Cimbaro. ¿Por qué no viene con nosotros?

– Si pudiera correr lo haría. Además ya estoy viejo para vivir en el exterior. Corred. No miréis atrás. Matad si es necesario –dijo mirando a José–. Encontrarás alguna cura ahí fuera, tengo ese presentimiento.

Escaparon rápidamente por el camino que el doctor les había indicado. Al principio no les siguió nadie. Pero pronto sonaron todas las alarmas. Se oían voces que anunciaban la huída de los nuevos habitantes del aeropuerto, ahora fugitivos de la nueva ley. Pero ellos ya estaban fuera cuando se organizaron los grupos de búsqueda y captura.

Corrieron hasta que ya no pudieron más. Se refugiaron en un descampado rodeado de arbustos agónicos. Se tumbaron en el suelo y jadearon de cansancio y agotamiento. Se miraron mutuamente.

– ¿Crees que le has hecho mucho daño con la botella?

– No creo, era una botella de cristal de vodka ruso pero no golpee muy fuerte.

– Vaya... que lástima.

– ¿Qué lástima no haberle matado?

– No. Qué lástima de botella.

Hogar

Decidieron volver al lugar de partida para refugiarse de sus perseguidores que seguramente estarían buscándolos durante días. El centro de comunicaciones estaba tal y como lo habían dejado. Era evidente que nadie había ido por ahí. Estaban cansados de huir, de malvivir en aquel mundo estéril y cruel, donde los vestigios de la fuerza de antaño tomaban el mando para reconstruir el mundo tan mal como se había hecho en el pasado.

José no dejaba de pensar en la oportunidad que había perdido. En su interior crecía un mal destructivo que acabaría con su vida tarde o temprano y la única persona capaz de retrasar ese proceso estaba en el único lugar del planeta al que no podía regresar. Ambos supervivientes se sentaron ante un fuego hecho con llamas de colores incómodos. Mary posó su cabeza en el hombro de José.

– ¿A qué cura se refería aquel hombre?

– No sé a que te refieres...

– Dijo que estaba seguro que encontrarías una cura. Eso quiere decir que estás enfermo.

José suspiró largamente y reflexionó. Era consciente de que lo que dijera a continuación sería algo trascendental. Podía optar por una verdad absoluta o por una mentira útil. Eligió crear una verdad a medias. Apartó a Mary de su lado y la situó delante de él, frente a frente.

– Debes saber que... estoy enfermo de cáncer.

Las pupilas de sus ojos se dilataron. Mary empezó a temblar. Su boca se abría y cerraba continuamente, ensayando la pregunta que su mente escribía.

– ¿Cuánto tiempo te queda?

– Seis años, quizá siete. No puedo decirlo con exactitud – dijo Mike, sabiendo que se trataba de una exageración.

– Siento lo que ha pasado. Si yo no le hubiera pegado al general quizá tú...

– No debes disculparte. Si tú hubieras dejado que abusara de ti no me lo hubiera perdonado nunca.

– Pero... se trata de tu vida. Si hubiera sabido que el doctor podía curarte...

– No a ese precio, Mary. No a ese precio... Moriré tarde o temprano, sólo es cuestión de donde y cuando.

– ¿Y por qué no te quedaste ahí? Tú no eras culpable, sólo lo era yo. Hubiera podido huir yo sola. ¡Dime!

– Eres lo único que tengo en el mundo. Para que vivir decenas de años sólo, triste y arrepentido. Prefiero vivir contigo el tiempo que me quede. Ya he pasado por esto antes, y no pienso cometer el mismo error otra vez.

José agachó la cabeza y besó la frente de Mary. Ella alzó su mirada levemente y le respondió con un suave beso en los labios. José pensó en Mike en aquel momento, lo que le hizo separar su boca. Luego recordó una de sus últimas frases: “Si yo muero quiero que cuides de ella”. Entonces sintió que aquella bella mujer que le abrazaba no era robada, sino un regalo del destino. Y toda su culpa desapareció.

La mañana siguiente fue especialmente fría. La pareja amaneció cubierta por varias mantas de lana. La paz en la que estaban inmersos fue quebrada por un lejano rumor que les hizo abrir los ojos. José tuvo una aciaga sensación de peligro.

– Mary, ¡despierta! Creo que viene alguien. ¡Un coche!

Cada uno cogió una manta y se refugiaron en el interior del edificio.

El coche lo conducía un chico joven, de edad semejante a la de Mary. Tenía la cabeza rapada y vestía uniforme militar con el escudo del general Shue. Paró su vehículo en el aparcamiento del centro de comunicaciones y avanzó hacia la puerta armado con un fusil.

Vio el fuego que habían hecho la noche anterior. El soldado tocó las cenizas con las yemas de los dedos.

– Es reciente, muy reciente – pensó–. Están aquí.

Entró por la puerta principal y caminó por el pasillo de la planta baja sigilosamente, pegado a las paredes como un lagarto. Entró en el centro de mando. El esqueleto del jefe de Mike le saludó con el paquete de tabaco todavía en el bolsillo de su camisa. Su instinto le dijo que allí había alguien más. Oculto y vivo.

La pareja de fugitivos yacía sentada en el suelo tras una de las mesas.

– Salid que os vea. ¡Manos a la cabeza, rápido! – ordenó el soldado–. Venid al vestíbulo, ¡vamos!

El militar les llevó donde hubiera suficiente luz para identificarlos. Se pusieron en fila frente a él. Como en una ejecución.

– Sois vosotros, estoy seguro. ¡Los fugitivos del aeropuerto! Venid conmigo, el general tiene algo para vosotros.

Ellos sabían que si le acompañaban irían directos a una sala de ejecuciones. No podían elegir.

– No nos moveremos de aquí. No somos los que buscas, no se de que me hablas – dijo José.

A esto el soldado respondió golpeándole con la culata de su arma en la cabeza, lo que le dejó sentado en el suelo.

– ¿Creéis que soy tonto? Sois las primeras personas vivas que veo en casi dos días. ¡Sois vosotros! Y me vais a acompañar si no queréis que...

– ¿Vas a matarnos? – interrumpió Mary, tras ponerse el cañón del fusil en el pecho-. Pues adelante, ya puedes empezar a disparar porque no nos vamos a ir de aquí. ¡Prefiero morir antes que volver a ver al viejo verde! Ésta es nuestra casa, ¡déjanos en paz!

– ¿Qué haces loca? Vas a lograr que nos dispare – susurró José, que todavía estaba aturdido por el golpe.

El soldado se sorprendió ante la valiente respuesta de ella. En su rostro podía verse que aquella agresividad no era más que una capa externa que ocultaba su miedo y el tremendo sufrimiento que había vivido. Lentamente, bajó el rifle y les dirigió unas breves palabras.

– Mi hermana murió durante la guerra. Tú... te pareces tanto a ella... -añadió en voz baja-. Nunca he matado a alguien y no soy un asesino. Diré que no encontré a nadie por aquí. Qué tengáis suerte.

El chico se fue por el mismo sitio donde había venido. Seguirían siendo fugitivos no capturados gracias a una buena persona vestida con las ropa equivocada.

– Eres muy valiente –dijo José con admiración–. Te la has jugado al todo o nada.

– Se le veía en los ojos que no ha disparado a nadie en su vida – dijo Mary-. Piensa que habría sido nuestro fin si nos hubiese llevado ante el general. Y una muerte pesa en la consciencia aunque no hayas apretado tú el gatillo.

La ansiedad fue desapareciendo con el tiempo. Al principio seguían pensando en como encontrar más restos de humanidad, buscar vivir en una comunidad más y más grande, para llenar su soledad cada vez mayor. Ese sentimiento se fue reemplazando por otro muy diferente, la conformidad.

El centro de comunicaciones era un buen lugar para formar un hogar. Tenía a un lado la gran ciudad y al otro una pequeña zona de cultivo que mostraba ahora su lado más árido. Todos los bienes comestibles que el mundo del ayer les había cedido escaseaban cada vez más. Los supervivientes del aeropuerto estaban consumiendo todo el alimento envasado de las ciudades cercanas que todavía no había sucumbido a la fecha de caducidad. Pero en unos meses no habría nada en buen estado para poder comer o beber. José era muy consciente de ello y pensó que quizá había llegado la hora de probar suerte como agricultor. No había otro remedio. Las tardes de los días se unían con las mañanas del día siguiente. Y pasaron cinco semanas desde la gran huída.

José y Mary estaban dando un paseo por el campo, admirando la llanura que se extendía hasta la siguiente ciudad, en la lejanía, en la falda de una montaña escarpada. Más arriba, el cielo estaba despejado de nubes blancas.

– Parece que las nubes de polvo van desapareciendo poco a poco, ¿verdad? – dijo José.

– Sí, pero no hace más calor.

– Eso debe ser porque nos acercamos al invierno. Por eso no sube la temperatura. No puedo decir en que época del año estamos, ni el día ni la hora. Ni siquiera se cuando tiempo ha pasado desde que desperté. Lo único que sé es que estas tierras volverán a darnos de comer. Algún día.

– ¿Y que piensas cultivar? – preguntó Mary con escepticismo.

– Lo básico. Patatas, trigo y maíz. Eso es suficiente para alimentarnos.

– ¿Y el agua? ¿Qué vamos a beber cuando se acabe el agua?

– Creo que podríamos beber de una fuente natural. Quizá ya haya pasado suficiente tiempo como para que el agua sea potable.

– Me gustaría creer eso. No sé que será de nosotros si este invierno es tan frío como el anterior. Bajó tanto la temperatura que el agua del río se congeló. Si quieres que algo sobreviva en esta tierra tienes que hacerlo bien. Y tener suerte.

– Yo tengo suerte. Mucha suerte. Sobreviví quince años congelado donde el resto falleció. El hecho de que esté vivo aquí y ahora es un milagro. Eres mi talismán –dijo José mientras la agarraba fuertemente de la mano–. Mañana iremos a buscar las semillas.

Aquella noche llovía intensamente. La pareja estaba a cubierto, mirando el exterior a través de la puerta principal del vestíbulo.

– ¿Cuando fue la última vez que te mojó la lluvia? – preguntó José.

– No lo recuerdo. Fue mucho antes de la guerra. La lluvia era muy ácida los primeros días después de las bombas. He visto gente con la piel desecha, solamente por estar unos minutos mojándose. Eso creo que marcó a todo el mundo, se creó como un miedo a toda agua que cayera del cielo.

– Eso es una situación temporal. Los compuestos que lo provocan desaparecen con el tiempo. ¿Y si saliéramos a fuera?

– Estás loco...

José agarró por el brazo a Mary y salieron al exterior. El agua empezó a resbalar por sus cabezas y más tarde por el resto de sus cuerpos. Aquellas gotas de transparente humedad, eran una sensación tan olvidada que parecía novedosa, limpiaron no solo sus sucios cuerpos, sino también sus abandonados espíritus. En aquella situación insólita José no pudo contener el deseo por mucho tiempo reprimido, de besar sin parar los labios de aquella chica virginal, de acariciar todo recóndito lugar de su piel y dejarse llevar por aquel regalo acuoso de la naturaleza que era la lluvia.

Cuando la pasión desatada tomó el control no hacían falta las palabras, las explicaciones ni tampoco las justificaciones. Empapados entraron en el vestíbulo y al lado del fuego hicieron aquello que tanto tiempo habían esperado. Sus cuerpos humedecidos resbalaban fácilmente al ritmo de sus movimientos, al principio por el agua y más tarde por su propio sudor. El leve sonido de tierna locura que mutuamente se prodigaban les hizo olvidar todo lo malo, todo lo inmundado del crudo mundo de llantos enmudecidos por la guerra. Había pasado la medianoche, cuando la lluvia se detuvo y la pareja yacía en el suelo abrazada e inmersa en profundos sueños.

Al día siguiente, fueron a buscar semillas a una tienda de la ciudad. Una de las pocas que, curiosamente, no había sido saqueada por los bandidos ni por los soldados del ejército. Hubo muchos que asaltaron joyerías y bancos, pero nadie se percató de que si querían sobrevivir a largo plazo necesitarían una fuente renovable de comida, y que además, el valor de las joyas y el dinero se lo otorgaba una sociedad que ya había desaparecido, un mundo donde una botella de agua mineral tenía más valor que cualquier piedra preciosa o billete.

Encontraron semillas de todo tipo de plantas. Llenaron varias bolsas con todo tipo de utensilios de agricultura y algún manual de cultivo y cuidado de las plantaciones. Cargaron con todo lo que pudieron en previsión de que alguien pudiera saquear la tienda en cualquier

momento. Empezaron a plantar al día siguiente, tras una larga noche estudiando los manuales de la tienda.

Una tarde, mientras caminaban cerca de uno de los campos que iban a cultivar. José hacía planes para el futuro.

– ¿Ves toda esta tierra? Pues algún día estará cubierta por hermosas mazorcas de maíz. Y aquella otra parcela quedará pintada de amarillo trigo. Lo verás.

– ¿Y tú lo veras? – pensó Mary, que no podía olvidar que aquella felicidad que sentía era efímera. Que la muerte planeaba sobre ellos con su mirada puesta en el cuerpo de su amado.

– Toda esta tierra será fértil de nuevo – continuó José.

– Hay algo que deberías saber – dijo Mary cogiéndole del brazo con fuerza.

– ¿De qué se trata?

– Tienes que planificar la cosecha para alimentar a tres personas.

– ¿Para tres? ¿Qué dices?

– Sí. Tú, yo y nuestro hijo. Creo que estoy embarazada.

Verdad

La sospecha se convirtió en certeza y más tarde en realidad palpable. El embarazo de Mary les cambió no sólo el modo de vida, sino el mismo significado y objetivo de ésta. Si habían luchado por sus propias vidas, ahora lo hacían por una que estaba por llegar.

El tiempo pasaba y el crecimiento de las plantas era pésimo. José se sentía frustrado pero su esperanza no había muerto todavía. El agua envasada no podía encontrarse ya en ningún lugar excepto en algunas tiendas del centro de la ciudad. Ir a buscarla era realmente agotador. Por ello empezaron a plantearse la posibilidad de beber de una fuente cercana, que les daría agua de montaña.

Las noches eran cada vez más brillantes y las constelaciones volvían poco a poco a asombrar a la humanidad después de más de un año de ausencia. Sobrevivieron al frío invierno y había llegado la primavera. La primera primavera en millones de años en la que no florecían las flores. Ni se oía el canto de los pájaros. En una de esas noches estaban sentados en un improvisado banco hecho de escombros.

– Al menos ya no se oye el zumbido de las moscas – dijo José.

– Claro, porque ya no tienen nada que comer.

– Nosotros tampoco. A menos que los maizales se decidan a dar sus frutos.

– Yo creo que sí. Confío en ti – dijo Mary mientras apoyaba su cabeza en el hombro de José, como la primera noche que hicieron el amor.

– ¿Quieres jugar al juego de la verdad?

– ¿Juego de la verdad?

– Sí, tú me dices una verdad y yo te respondo con otra. Empiezas tú.

– ¿Y por qué yo? Tramposo... La Luna brilla.

– ¡Eso no vale! – le gritó José al oído. Tienes que decir algo que yo no sepa. Algo secreto.

– A ver... Al principio me gustaba más Mike que tú. ¿Te vale eso?

– No está mal – dijo mientras daba un trago a una botella de vino. – Ahora yo. A mi mujer le fui infiel en varias ocasiones.

– ¿Con la misma mujer?

– No. Con varias enfermeras del hospital donde trabajaba. Soy un maldito infiel.

– Eso a mi no me preocupa – dijo Mary que también bebía de la misma botella. – Aquí no me puedes ser infiel aunque quisieras.

– ¿Qué te parece esto? No me gusta el maíz. Nunca me ha gustado.

– ¿Y ahora me lo dices? Hubiera plantado otra cosa si lo hubiera sabido. Como eres...

– ¡No se me había ocurrido! Bueno, tendré que acostumbrarme a comer maíz cada día. ¡Qué remedio! – respondió Mary entre risas.

El alcohol contenido en la botella les iba haciendo efecto, y lo que la vergüenza tapaba, la lengua quería pronunciarlo.

– Eso tiene gracia. Pero no es serio. ¿No hay ningún secreto inconfesable que quieras contarme?

– Puede ser. Pero como es secreto no puedo contarlo.

– Vamos Mary. Son las reglas del juego, tú dices algo y yo respondo con algo. Te acabo de confesar que fui infiel a mi mujer. Tú no has dicho nada importante realmente.

– Vale. Tu mismo. Te dije trabajaba en un supermercado. Es cierto que me refugié en un supermercado, pero yo no trabajaba en ninguno. Trabajaba en la calle.

– ¿Qué quieres decir?

– José. Soy prostituta.

Definitivamente no podía creer que lo que oía fuera verdad. Sus ojos se cerraron ligeramente para abrirse luego de par en par. Su boca se entreabrió y su frente se estrechó formando pequeñas arrugas. Una auténtica cara de estupefacción.

– Estás bromeando. Como vas a ser prostituta. No puede ser.

– Es verdad. Hace tiempo que quería decírtelo.

– ¿Y por qué no lo hiciste? ¡Por qué! Desde el principio mentiste...

– Desde tu punto de vista es muy fácil decir eso. Pero ponte en mi lugar. Eres una chica que ha vivido sola durante meses y de pronto se encuentra con dos hombres. Si hubiera dicho la verdad me hubierais tratado como...

– ¿Cómo una puta? Pues no. Te equivocas. Yo nunca te trataría así. Pero ahora más que nunca no entiendo porque no te tiraste al general Shue. Tú estarías viviendo en la abundancia y yo probablemente estaría curado.

Mary le propinó una bofetada en la mejilla derecha. Después José se levantó y se fue.

– Ahora me estás tratando así - dijo en voz baja.

José volvió enseguida, aparentemente más relajado.

– El juego todavía no ha terminado. Ahora me toca a mí.

– Déjalo. No quiero seguir jugando a esto.

– Pero yo sí. Escúchame. El juego no era más que una excusa para obligarme a mi mismo a decirte algo que no puedo ocultar más, ahora más que nunca, debemos empezar a decirnos la verdad porque no tenemos mucho tiempo. Te dije que me quedaban más de cinco años de vida pero es mentira. Lo tienes que saber porque igualmente lo descubrirás cuando aparezcan los síntomas. Cuando me congelaron tenía una esperanza de vida de unos dos años. Eso significa que me queda un año. Como mucho.

– No puede ser. ¡Eres un maldito mentiroso! – gritó Mary que arrancó a llorar intensamente.

José abrazó a Mary y consiguió consolar lo inconsolable.

– Lo siento. Vas a tener un hijo maravilloso. Hemos sobrevivido a todo mal. Viviremos para siempre, mi amor. Nunca me alejaré de ti – prometió. Una lágrima de su amada se posó en su mejilla y se unió a una de sus propias lágrimas, bajando rápidamente hasta alcanzar su barbilla.

Una noche de lluvia dejó la tierra húmeda y el rocío bañaba las plantas del nuevo Edén que el último hombre cuerdo sobre la tierra había plantado.

José salió a desperezarse al exterior como cada mañana. El cielo estaba despejado, o lo más despejado que podía estar. De lejos el huerto no parecía haber cambiado, lo hacía cada día un poco, pero no lo suficiente como para notarlo. Aunque ese día fue distinto. Uno de los maizales comenzaba a mostrar los indicios de una mazorca de maíz.

– ¡Mary! ¡Ven!

Ella apareció a los pocos minutos mostrando un embarazo en un estado ya muy avanzado.

– ¿Qué ocurre mi amor?

– No te lo vas a creer. ¡Ya salen las mazorcas! ¡Ya salen!

A los pocos días todas las plantas mostraban los mismos síntomas de fertilidad y vida. A las pocas semanas ya todas las plantaciones lo hacían. Todo lo que les rodeaba rebosaba brillo y color. Era como si viviesen confinados en una burbuja impenetrable, y en el exterior, se extendían la podredumbre y la miseria. José se entretenía haciendo controles rudimentarios a su mujer. Palpando su vientre, analizando su lengua y sus ojos. Todo para que su amada se sintiera cuidada y protegida.

– Estoy seguro. Diría que faltan días para el parto.

– Tengo miedo. ¿Y si sale algo mal?

– Todo va a ir perfecto. No tienes nada que temer. Recuerda que soy médico.

– Sí, lo recuerdo. Eres médico... especialista en los muertos.

– ¡No me gusta que hables así!

Justo en aquel momento les sorprendió un sonido que no habían oído desde hace meses. El del motor de un vehículo.

– ¿Quién es? – preguntó Mary con una mano en el pecho y otra sobre el vientre.

– No es el chico de la última vez. Escondámonos.

Desde una sala en un piso alejado vieron como del coche salía un hombre rubio con uniforme militar, mediana edad y rostro demacrado.

Se dirigió hacia la plantación de patatas y se agachó. Con sus manos escarbó en la tierra hasta encontrar un tubérculo. Lo desenterró. Con las dos manos lo agarró con delicadeza y lo alzó al aire acompañado de un grito de alegría y euforia. Como si hubiera encontrado el cofre de un tesoro, desenterró más tubérculos para constatar que aquel extenso campo que veía estaba realmente lleno de alimento fresco, algo escaso o incluso único en aquellos tiempos. José tuvo ganas de echarle de sus tierras, labradas con sudor y sangre. Pero cuando lo pensó, enseguida se vio a si mismo como el hombre más egoísta del mundo, un avaro ser que contempla al resto del mundo morir de hambre. Mary le miró con ojos sorprendidos y misteriosos, que escondían un mensaje bien claro.

– Si descubren que tenemos este campo vendrán y nos quitarán todo. Además recuerda que aún estamos condenados a muerte.

– Él no ha venido a por nosotros. Creo que ha pasado por aquí y ha visto el campo por casualidad.

– ¿Y qué vamos a hacer?

– No puede volver a la base. No puede volver nunca. Tiene que morir – sentenció él.

José se acercó cautelosamente al soldado que empezó a morder una mazorca de maíz de manera totalmente compulsiva, como si no la hubiera probado nunca, o como si no lo recordara. El médico convertido en granjero empuñaba la misma pala que había utilizado para labrar aquellas tierras y que ahora daba de comer a un soldado solamente culpable de estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

La vida del militar, que ahora estaba sentado en un banco de madera seca que José había construido, se acortaba con cada paso que el granjero daba, silencioso, miedoso de no golpearle lo suficientemente fuerte como para dejarlo inconsciente, temeroso de imprimir demasiada fuerza y reventarle el cráneo. Por suerte o por desgracia el destino quiso que el torpe paso de José le delatara ante el felino oído del soldado, que repentinamente se dio la vuelta y le apuntó con su arma.

– ¡Alto! ¡No se mueva! ¡O disparo!

José no pudo evitar asustarse y soltar la pala. Se quedó petrificado.

– Es mi campo. Son mis mazorcas. No tiene derecho a estar aquí.

– Se equivoca señor. Estas tierras son propiedad del gran general Shue. Y por lo tanto todo lo cultivado en ellas le pertenece.

Un grito cercano llamó la atención de ambos. Mary se acercaba con las dos manos bajo el estómago.

– ¡José!

– ¿Quién es ella? – preguntó el soldado que no dejaba de apuntar firmemente.

– Es mi mujer. No dispare. ¿Qué ocurre cariño? Te dije que te quedaras dentro.

– Creo que ya viene.

– ¿Quién viene? – preguntó de nuevo el soldado, que no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

– El bebé. He roto aguas.

José corrió rápidamente hacia ella sin importarle que le estuvieran amenazando con un arma de fuego.

– ¿Te duele mucho? – preguntó mientras le palpaba el abdomen.

– Sí. Mucho.

– ¿Puede llevarnos al hospital de la ciudad más próximo? – pagaremos tributo al general si es necesario.

– ¿Por qué no vienen al aeropuerto? Allí tenemos un médico que les puede ayudar – dijo el militar cuando por fin dejó de apuntarles con su rifle.

– Tienen al doctor Cimbaro –pensó José-. Está demasiado lejos, mejor que nos lleve al hospital. Yo también se algo de medicina – añadió en voz alta.

Todos subieron al jeep. En la parte de atrás estaban José y Mary, sentados al lado de una metralleta. El futuro padre parecía tranquilo.

– Haz todo lo que te he enseñado. Respira profundamente y trata de relajarte. Todo irá bien. Confía en mí.

Rendición

El hospital se encontraba en el lado de la ciudad más cercano a la gran explosión. Su fachada estaba marcada por la onda expansiva que había roto casi todas sus ventanas. El lujo y el esplendor habían sido reducidos a unas humildes cenizas. El coche paró ante la puerta principal.

– Yo debo irme – dijo el soldado sin bajarse del vehículo.

– ¿Por qué se marcha? – preguntó José.

– Hace unos meses hubo una chica que agredió al general y que iba acompañada de un médico. Cuando me ha dicho que sabía algo de medicina me he acordado.

– ¿Y... que piensa hacer? ¿Va a llevarnos al aeropuerto?

– No. No quiero ser el responsable de que un niño se quede huérfano. Pero si me ven con unos fugitivos me acusarían de traición. Adiós.

El soldado se alejó rápidamente y ellos se quedaron solos, de nuevo. Entraron en el vestíbulo y buscaron en un mapa del edificio la situación de la sala de partos, que se encontraba en la cuarta planta. José llevó a Mary por las escaleras casi arrastrándola, pues no gozaban de la comodidad de un ascensor y las sillas y camillas no estaban diseñadas para subir escalones. Aquella situación le recordaba a José a las escaleras de emergencia del centro donde había despertado. No saber que te depara a la llegada, ni cuando vas a llegar. El dolor que Mary sentía era creciente y eso se reflejaba en la expresión de su cara.

– ¿Cómo te encuentras?

– Me duele mucho, tengo miedo.

– Tranquila, ya llegamos. Todo saldrá bien.

La sala de partos era espaciosa y quedaba iluminada por un gran agujero en la pared que daba al exterior desde el que entraba un aire cálido. José la tumbó en la cama y la colocó en la posición ideal para facilitar el parto. Aquella sala le resultaba a la vez familiar y extraña. Delante de él había uno brazo mecánico que le recordaba a aquél engendro asesino que había visto en el aeropuerto. Se sentía asustado,

confuso y desorientado. Había asistido a los partos de su anterior mujer, pero siempre como padre, nunca como médico.

– Vamos. Empuja. Con todas tus fuerzas.

– Me duele. Me duele. Me duele...

– Por favor, empuja, ¡tienes que hacerlo!

– Ya lo hago, ¡lo estoy haciendo! – dijo Mary mientras sus mejillas se inundaban de lágrimas.

– ¡Empuja!

– Cuanto más empujo más me duele. ¡No!

– No lo entiendo. Parece que ya tiene el útero dilatado pero el niño no sale. ¡Mierda! - José se sentía más nervioso a medida que transcurrían los minutos y el parto no avanzaba.

De pronto ella dejó de empujar. Su cara cambió radicalmente, del más profundo dolor a la serenidad más absoluta. Sus ojos dejaron de llorar. José pegó su oreja al pecho de su amada.

– El latido es débil – pensó-. No puede ser. ¿Qué está pasando? Se está muriendo...

– José. ¿Ya se ha acabado? No me duele. Déjame ver al niño, quiero verlo – susurró sonriente.

– No ha salido cariño. No me dejes... ¡No!

– ¿Algo va mal? No siento nada... Creo que no voy a poder luchar más.

– No, eso no es verdad, sigue empujando, sigue empujando...

– No... no puedo –balbució con su última respiración, inundado su rostro de su propio sudor y de las lágrimas de José, que resbalaban por su piel-. Vive mi amor. Él te curará... - esas fueron sus últimas palabras.

Su voz se apagó con un suspiro. Y la sala quedó en silencio, sólo quebrado por el llanto del médico.

– ¡No! No... Mary... – gritó mientras intentaba reanimarla en vano.

Toda la torre de su felicidad se derrumbó, quedando solamente un montón de escombros no muy diferentes de los que poblaban el

nuevo mundo. Pero de entre las piedras sobresalían parte de los cimientos para construir una nueva torre.

– El niño –pensó-. Necesito un bisturí.

Buscó por todas partes algo con lo que pudiera cortar. En un hospital de hace dieciséis años lo hubiera encontrado rápidamente. Pero no en aquella sala futurista. Por suerte pudo encontrarlo escondido en un cajón, relegado a un segundo puesto, sustituido por alguna suerte de rayo láser cortante de carne.

Con pena abrió en canal el útero de su amada. Su interior todavía parecía estar en movimiento, irradiaba calor, mucho más que los cadáveres a los que José acostumbraba a realizar autopsias en su vida de médico forense. Sin embargo allí no había ya vida alguna. El niño parecía haber muerto justo antes del parto. Ni siquiera se había preparado para salir.

Las manos de José estaban manchadas con sangre. Se quedó inmóvil mirando la cara de su hijo, que no había llegado a nacer. Era un fallecido reflejo de su madre.

El viento que llegaba del exterior se extinguió por un momento para regresar al poco tiempo. Era como si aquél enorme agujero en la pared le estuviera llamando. Él, abatido, se acercó lentamente hasta que sus pies tocaron el borde del piso. Tras éste, una gran caída de varios pisos que acababa en un duro suelo de rocas de hormigón.

Ella era preciosa, de una belleza dulce que le había cautivado desde el mismo día en que la encontró asustada en un pasillo oscuro. Aquél primer beso y la primera noche abrazados. Su embarazo y todo el tiempo que pasaron trabajando en el campo. Todos esos momentos se perderían en lo más profundo del recuerdo. Porque aquella torre que era su vida se había desmoronado del todo, y sobre sus restos no volvería a erigirse nada nunca más.

José miró hacia arriba y vio el cielo que todavía quedaba nublado por cenizas. En el horizonte se dibujaba el perfil de las antenas parabólicas que Mike había alineado para enviar un mensaje a La Luna. Miró hacia abajo y su vista se nubló. La punta de sus pies sobresalía del

piso. Se mantenía en un equilibrio precario en el que su miedo batallaba contra su desesperación. Su cordura le susurraba al oído que se diera la vuelta y afrontara la tragedia. Pero su parte más emocional ya le había convencido del todo. Poco importaba ya si todos habían perecido y él era el único ser humano con vida. Perder a su familia dos veces era demasiado.

Estaba a punto de suicidarse.

– Lo siento mucho, mi amor, porque no voy a cumplir tu último deseo – dijo mirando a la camilla donde yacía el cuerpo sin vida de su amada y su hijo.

Su voluntad, ya desprovista de toda defensa, dio la última orden a su condenado cuerpo. Cerró los ojos y se dejó caer como una gota de lluvia. Desde que despertó en aquel oscuro laboratorio se había estado preguntando el porque del pasado y del presente. Cuando inició una vida en común con Mary comenzó a interesarse por el futuro. Pero ya no importaba nada.

Porque su vida acabaría en el preciso momento en el que llegara al suelo.

Futuro

Un cráter imponente presidía el centro de casi todas las ciudades importantes del mundo. En una de ellas, un hombre había sobrevivido a la masacre humana. Perdió a todos los que había querido en su nueva vida, y había desconocido el estado de los de su vida anterior. El destino quiso arrebatarse la vida de la misma manera que le había obsequiado con una supervivencia a la catástrofe contra todo pronóstico, contra toda estadística.

Su esfuerzo no había sido en vano. Aquella extensa plantación de maíz, patatas y trigo sirvió para alimentar a los supervivientes que se refugiaban en el aeropuerto. Además sirvió para cultivar nuevos campos y aumentar la producción. Los enemigos que el general Shue esperaba que le atacasen nunca lo hicieron. Se autoproclamó emperador del nuevo mundo, señor de todas las tierras. Sin embargo, su propia avaricia y sobretodo la excesiva confianza en sus súbditos le destruyó. Llegó la barbarie, la anarquía y el pillaje sin control. La última señal de poder del antiguo orden se desmoronó cuando el ejército se disgregó. Las reservas de energía y el alimento envasado se terminaron definitivamente, acabando así totalmente con el estilo de vida del humano moderno. Y así, después de la era de la información y de las comodidades, se dio un gran salto hacia atrás y comenzó una nueva era: La posthistoria.

El mensaje que Mike había enviado se transformó en ondas electromagnéticas, que surcaron el cielo y más tarde el espacio, hasta llegar a la espectadora silenciosa, la que todo lo ve desde allí arriba: La Luna. Medio centenar de personas de todas las antiguas nacionalidades convivían apretadas en una colonia que había sido terminada meses antes de la guerra. Y allí seguían viviendo. Curiosamente, el hogar humano más confortable no estaba en el planeta Tierra.

Como se había ido haciendo durante meses, el gabinete de crisis se reunía periódicamente para discutir el futuro de la colonia, de la especie humana y del planeta madre. Tras la desaparición de todos los

gobiernos de la Tierra se decidió formar un comité de sabios que tomaría las decisiones de manera provisional. El doctor Wang era el presidente de este comité.

– Señores, Señoras. Se reúne de nuevo este comité para discutir los temas pendientes. El primer punto es la sostenibilidad de la base. Doctor Pertóvich, tiene usted la palabra – anunció el doctor Wang.

El Doctor Pertóvich era un hombre de mediana edad. Sus canas cubrían casi todo su cabello y las arrugas de su frente formaban figuras sinuosas en su entrecejo.

– Bien, como ya saben esta estación fue diseñada con fines científicos, militares y estratégicos para ser totalmente autosuficiente. Sin embargo, esa autosuficiencia no cubre los imprevistos y desde luego debemos considerar la pérdida de la Tierra como un gran problema. No obstante, las reservas de agua congelada en el subsuelo pueden abastecernos durante dos siglos, suponiendo, eso sí, un reciclaje prácticamente perfecto. Disponemos de producción propia de alimento, sujeta a un estricto control y mantenimiento. Lo que me preocupa realmente es que nuestra capacidad productiva es escasa. Poseemos minas e industrias. Pero tardaríamos siglos en construir todas las fábricas necesarias para garantizar nuestra supervivencia a largo plazo. Nuestro destino no es otro que la desaparición. Finalmente, el universo acabará destruyendo esta anomalía que es la vida. Nosotros, la vida inteligente y tecnológica, no hemos sido más que el instrumento para tal fin.

– No puedo estar más en desacuerdo con su actitud pesimista y sus teorías catastrofistas –replicó Robins, que defendía teorías y posiciones totalmente opuestas a las de su colega ruso–. La vida no es una anomalía, es una expresión natural en el universo. La vida encontrará su camino en la Tierra.

– ¿De verdad lo cree? Yo le hablaré de su querido planeta Tierra. Hace meses que no contactamos con ningún nodo terrestre, no hemos recibido ni un solo byte de la red Interplanet desde la semana trágica en la que se lanzaron las bombas. El pasado es horrible, el presente parece mejor pero el futuro le puedo asegurar que será un infierno. Como muchos de ustedes ya saben, aunque parece que no todos entienden o

comparten, las nubes de polvo de las bombas nucleares de pequeña potencia llegan a las capas bajas de la atmósfera cayendo en forma de fuego o lluvia ácida poco después. Pero las de gran potencia alcanzan las capas superiores quedándose allí durante meses y destruyendo el ozono. La capa de ozono, señores, es historia. Irónicamente, aquel manto tóxico que cubría el planeta entero ha protegido a los supervivientes de los mortales rayos ultravioleta. Las únicas que van a sobrevivir a eso serán las cucarachas. Pero eso no es todo, señor Robins, porque la temperatura media global está aumentando y ya se han alcanzado las medias anteriores a la guerra. Todo el dióxido de carbono liberado por la quema de hidrocarburos y las explosiones va a convertir al planeta en un horno donde nadie sobrevivirá. En cien años, aproximadamente, la Tierra será el segundo planeta con atmósfera más caliente del Sistema Solar después de Venus.

– Hagan el favor de no abandonar el tema. Doctor Robins, ¿qué opina usted del futuro de esta estación? – dijo Wang en un tono firme.

– Como bien ha dicho nuestro amigo ruso, esta estación fue diseñada para sobrevivir a un desastre en la Tierra. Nosotros somos los elegidos, los primeros habitantes de otro mundo. Es cierto que no podemos quedarnos de brazos cruzados, viendo como se nos acaba el agua y el oxígeno. Sin embargo creo que debemos concentrar nuestros esfuerzos en preparar el regreso al planeta Tierra, que no creo probable llegue a convertirse en un horno. Aunque hay gran cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera, también es verdad que el principal emisor de este gas casi ha desaparecido, como demuestran los datos recogidos en nuestras observaciones. Por otra parte, el principal emisor de oxígeno, la vegetación, tiene más posibilidades de recuperación lo que hará que en un futuro no muy lejano se recupere el equilibrio. En cuanto a los rayos ultravioleta... es cierto que la mayoría de los que aún sigan con vida morirán a causa de un cáncer de piel. Pero eso no significa que vaya a desaparecer la vida humana. ¿Qué somos nosotros entonces? ¿Acaso no somos la semilla que replantará La Tierra?

– No ha pensado en algo – respondió Pertóvich–. Aunque se cumpliera todo lo que usted dice. Aunque realmente reconquistáramos el

planeta. No podríamos avanzar más allá de la edad de piedra. En la edad antigua nuestros antepasados extraían el metal de minas superficiales fácilmente explotables. Pero hoy en día necesitamos profundizar decenas o centenares de metros para encontrar una mina. No podemos acceder a los recursos porque no tenemos energía. Apenas podemos mantener esta pequeña colonia. ¿Cómo piensa levantar de las ruinas una civilización? Las pocas reservas de petróleo que quedaban se quemaron en la guerra y no somos capaces de producir paneles solares en masa. Dígame doctor Robins, ¿De verdad cree que puede haber progreso?

– Yo... no he hablado de progreso. Sólo he hablado de sobrevivir, en las mejores condiciones posibles. Eso que usted llama progreso, que algunos relacionaban con la calidad de vida y que otros incluso con la felicidad verdadera es lo que nos ha llevado a esta situación, a este Apocalipsis – contestó Robins después de beber un poco de agua procesada.

– De acuerdo. Se acabó la reunión –dijo Wang después de mirar su reloj-. No ha habido acuerdo, como siempre. Les espero aquí la semana que viene. Intenten moderar sus posturas para el próximo encuentro, caballeros – añadió.

El doctor Wang se puso en pie y miró hacia la ventana. El amanecer Lunar era algo que le maravillaba. La Tierra parecía tan azul y brillante como siempre había sido, desde luego, resultaba tan solo un espejismo en aquel desierto gris de rocas y arena. El doctor Robins fue el único que se quedó sentado en su asiento.

– ¿En que piensa señor Wang?

– Hay algo que Pertóvich y los demás desconocen. Hace tiempo recibimos un correo electrónico desde la Tierra. Casi un año después de la guerra. Tenga, lea esto.

Robins sostuvo la hoja de papel impreso entre sus manos y leyó.

“MENSAJE DE SOCORRO: Somos tres supervivientes en la Tierra. Necesitamos ayuda. Vengan a rescatarnos. Calculen nuestra posición.”

– Es curioso –dijo Robins pensativo–. ¿De dónde procede el mensaje?

– De una estación de comunicaciones que parece ser que quedó intacta.

– ¿Y no se pudo mantener contacto?

– Lo intentamos pero fue imposible responder al mensaje – respondió Wang negando con la cabeza–. Fue como si hubiesen dejado de escuchar poco después de enviarlo.

– No entiendo porque no ha comunicado esta información al comité – dijo Robins totalmente desconcertado.

– Se reirían de mí. ¿De verdad cree que uno de los pocos centros de comunicaciones capaces de conectar con nosotros, lo que le da una importancia estratégica enorme, quedó intacto y que además un grupo de tres personas pudo ponerlo en marcha y tener los conocimientos necesarios para enviarnos este mensaje? Debe tratarse del mejor ingeniero del mundo.

– Sí. Muy bueno, desde luego. ¿Realmente tiene alguna trascendencia este mensaje?

– Lo único que nos dice es que alguien pudo sobrevivir tiempo después de la guerra. Pero no tenemos manera de saber cuantos siguen ahí abajo, cuantos han superado esta... extinción. ¿Y si nada ni nadie lo consigue?

– Entonces no será una extinción más. Será la última extinción.